

medad, mientras los rituales de los templos y la iconografía esotérica eran admirados, sobre todo, por sus cualidades estéticas. Pero, en el siglo X, comenzaron a imponerse entre la aristocracia enseñanzas nuevas y más accesibles, como el culto de Amida, el Buda de la Tierra Pura (*Jōtō*) o Paraíso Occidental, o la idea de la salvación por la fe en la promesa que Buda había hecho de salvar a todas las criaturas. Estas ideas fueron difundidas por sacerdotes como Kūya (muerto en el 972), que llevó su mensaje a las calles de Kyōto, y Genshin (942-1017), cuya obra, *Elementos esenciales de la Salvación* (*Ōjō yōshū*), se convirtió en un opúsculo popular. La descripción enormemente accesible que Genshin hacía de los horrores del infierno y de los goces del paraíso, su explicación de la eficacia de invocar el nombre de Buda (*nembutsu*), y la importancia que daba a la idea de la degeneración (la idea del *madzō*, es decir, la de que el mundo estaba acercándose a la decadencia de la «ley») tuvieron una gran influencia sobre el espíritu de la época. La popularidad de la idea de la salvación se pone de manifiesto en los numerosos cuadros de «La bienvenida de Amida» (*raigōzu*) que se colocaban al lado de los moribundos para infundirles esperanza en sus últimas horas.

El budismo impregnó las creencias religiosas corrientes, también mediante otra forma, es decir, a través de la ulterior asimilación al culto en los santuarios del Shinto. En la época de Heian, el clero budista se había adueñado de la administración de un considerable número de santuarios locales. La idea de que los *kami* japoneses eran, en realidad, manifestaciones locales de divinidades budistas —es decir, que Amaterasu era la Roshana japonesa, el Buda universal— contribuyó a justificar la fusión de las dos religiones. En el siglo XII, una teoría sin-crética llamada Ryōbu Shinto había sido sistematizada por sacerdotes Shinto. En otras palabras, el budismo había encontrado un nuevo modo de adaptarse a la cultura japonesa.

7. La Edad Feudal

1. LOS BUSHI Y EL SHOGUNATO DE KAMAKURA

Dos hechos principales dominan la historia del siglo XII en el Japón. Uno fue la desintegración del monopolio del poder mantenido desde el siglo VIII por la aristocracia de base cortesana y por los monasterios centrales. El otro fue la aparición de nuevas instituciones de autoridad política y de control de la tierra, a lo que los historiadores han dado el nombre de feudalismo. El primero de estos procesos constituye un ejemplo excepcionalmente claro del desarrollo histórico interno del Japón, en cuanto a su evolución política y social. Porque, si bien los *kuge* hubieron de sufrir la pérdida de su posición dominante en el país, nunca fueron totalmente desarraigados. El proceso social era característicamente lento e indirecto, de tal modo que la nobleza cortesana pasó, en principio, a un segundo plano, y luego fue relegada a una posición, respetada pero pobre, de aislamiento decorativo. La forma en que esto ocurrió también fue típicamente lenta y poco espectacular. No hubo ningún notable cambio de orientación, ni invasión alguna contra la que fuese necesario luchar. E incluso las explosiones de desórdenes y de guerras civiles que sacudieron el siglo XII parecían entonces más bien difíciles de comprender.

Sin embargo, a finales del siglo XII, tanto cualitativa como cuantitativamente, la sociedad japonesa y su forma de gobierno habían cambiado. Y lo que había producido este cambio era claramente visible: el papel cada vez más importante que una aristocracia militar provincial (los *bushi* o samurai) desempeñaba en los asuntos nacionales, la creación de un cuartel general militar con amplios poderes civiles (el *shogunato*) y la creciente confianza en la relación «señor-vasallo» para el ejercicio del poder. Todos estos factores juntos constituían transformaciones fundamentales en la composición de la sociedad, en la estructura del poder y en las bases legales sobre que descansaba el ejercicio de la autoridad.

Decir que estos procesos representaban la intrusión de con-nombres feudales en el orden político japonés implica, ante todo, una comparación entre las instituciones del Taihō y ciertas costumbres administrativas de reciente aparición, cuya esencia consistía en un nuevo vínculo de autoridad entre el supe-

rior militar (señor) y el servidor (vasallo). Esto sólo incidentalmente fue el resultado de la difusión del sistema *shōen*. Porque el *shōen* creció dentro del marco legal del Taihō y podía haber continuado apoyando un gobierno imperial, si las familias de la corte hubieran prestado la suficiente atención al mantenimiento de una burocracia central y a sus ramificaciones locales. Pero los órganos del gobierno imperial, privados de atención y de independencia fiscal, fueron tornándose cada vez más inadecuados para mantener la ley y el orden, especialmente en las zonas rurales. Fue este despliegue de acontecimientos lo que dio origen a que el aparato coercitivo adquiriese un carácter privado, y, en consecuencia, a la militarización de la administración, primero a escala local, y luego en el plano nacional.

Pero la adecuación del uso del término feudalismo requiere una más amplia explicación y exige una comparación ulterior entre las instituciones japonesas y las de la Europa medieval. La transferencia del concepto europeo de feudalismo surge con los visitantes occidentales de mediados del siglo XIX, los cuales, a su llegada al Japón, se vieron impresionados, ante todo, por las semejanzas que observaron entre el Japón de aquel tiempo y el idealizado feudalismo que ellos recordaban de sus lecturas históricas. La costumbre no tardó en ser adoptada, tanto por los japoneses como por los historiadores occidentales, y luego pasó al lenguaje corriente, pero no sin ciertos abusos. El término feudalismo como concepto explicativo de la historia japonesa ha sido utilizado, con demasiada frecuencia, acriticamente, y esto, a su vez, ha dado origen a grandes controversias entre los historiadores en cuanto a su adecuación al caso japonés. Pero las instituciones políticas desarrolladas por la aristocracia militar del siglo XIII en el Japón son, indudablemente, bastante semejantes a las de la Europa feudal, de modo que el problema es, sobre todo, semántico y de definición. En otras palabras, un modelo de feudalismo cuidadosamente establecido puede ser aplicado tanto al Japón como a Europa. Y para los historiadores a quienes interesen los problemas teóricos y comparativos, es en este punto donde la historia japonesa se hace especialmente importante dentro del marco mundial. De una parte, las semejanzas, como el Profesor Asakawa trataba de descubrir, pueden conducir a una concepción del feudalismo sólidamente fundada como fenómeno histórico general. Y, de otra, las diferencias que se encuentran contribuyen a esclarecer divergencias fundamentales entre las culturas japonesa y europea.

Tal vez el modo más simple de concebir el feudalismo sea también el más útil, es decir, que se trata de una clase de

sociedad en la que hay, a todos los niveles, una fusión de los elementos de gobierno —civiles, militares y judiciales— en una autoridad única. Esta fusión de funciones públicas y privadas se realiza en la persona del jefe militar localmente poderoso, y por ello es también natural que las costumbres y valores militares lleguen a alcanzar un predominio en toda la sociedad. Probablemente, es cierto, como Asakawa ha apuntado, que la aparición de condiciones feudales requiera determinados requisitos previos: una economía basada en la tierra, la «sombra» de un estado previamente centralizado que pueda facilitar una base o marco legal, y la existencia de una clara distinción en la técnica militar entre el combatiente bien pertrechado y el resto de la sociedad. La condición de «barbarización» o el «elemento tribal» destacado por los estudiosos europeos son menos importantes en el caso japonés.

Si en Europa la difusión del feudalismo fue el resultado de la disolución de la sociedad romana y de la intrusión de nuevos pueblos, en el Japón la nobleza civil dio paso a una aristocracia militar que surgió, sencillamente, de las capas inferiores de la antigua sociedad. A medida que surgía como nueva clase dirigente, la aristocracia militar se distinguía por el hecho de que tendía a organizarse en grupos vinculados entre sí por pactos personales de armas. Dentro del grupo, la autoridad era ejercida como entre señor y vasallo, y no como entre los funcionarios burocráticos civiles. En la típica relación señor-vasallo, el señor (*tono* en el Japón) exigía el leal servicio (*hōkō*) de su vasallo (*kenin*, literalmente «hombre de la casa») y le recompensaba con el sustento, en la mayoría de los casos, en la forma de un feudo (*shigyōchi*). El poseedor de un feudo, mediante el ejercicio del mando militar local, sentaba las bases de un sistema en el que la distinción social y la capacidad de ejercer los poderes públicos coincidía con la posesión de porciones de tierra privadas. Naturalmente, la mayoría de las condiciones arriba descritas estaban implícitas en la difusión del sistema *shōen*, a excepción del elemento militar. Los primeros beneficios obtenidos de sus señores por los vasallos eran, sencillamente, derechos *shiki* dentro de ciertos *shōen*. Pero los *shōen* desempeñaban una función económica de transición. Estos derechos eran garantizados como parte de la urdimbre de obligaciones militares, y acabaron convirtiéndose en las bases para la aparición del verdadero feudo.

La difusión de estas costumbres particulares que identifican el síndrome feudal no se produjo, ni súbita ni uniformemente, en todo el Japón, ni hubo tampoco ninguna brusca «ruptura» con el sistema imperial. El predominio de las costumbres feu-

dales, identificadas con la ascensión de los *bushi* (o *samurai*) al mando político y económico, se llevó a cabo lentamente, en el curso de muchos siglos. Los historiadores han solido dividir este proceso en tres: el período Kamakura (1185-1333), en el que el poder militar y la costumbre feudal existían en equilibrio con los de la corte de Kyōto; el período Muromachi (1338-1573), durante el cual los *bushi* se apoderaron de los restos del sistema de gobierno imperial y eliminaron la mayor parte de las propiedades de la corte; y el período Tokugawa (1603-1867), en el que la clase de los *bushi* permaneció ininterrumpidamente como dominadora del país, pero apoyándose cada vez más en los instrumentos de gobierno no feudales. En todos ellos, la figura clave fue el *bushi*, el aristócrata militar japonés, por lo cual vamos ahora a detenernos en la consideración del origen de los *bushi*.

Para la nobleza cortesana, los *bushi* aparecieron como un problema inesperado en el siglo XI. Pero probablemente es cierto que la aristocracia provincial nunca estuvo alejada del centro de los asuntos militares del Japón. Aunque el establecimiento de un sistema de conscripción había desarmado técnicamente a la aristocracia provincial, los vástagos locales de la minoría *uji* continuaban desempeñando un importante papel en las fuerzas armadas. En realidad, el servicio militar fue, probablemente, la carrera más atractiva ofrecida a los miembros ambiciosos de la aristocracia provincial. Así, en el año 792, tras el derrumbamiento del sistema de conscripción, las familias de los jefes de distritos provinciales fueron de nuevo requeridas para servir como principal fuente de potencial militar humano. Y por eso se reavivó la idea del combatiente de élite, con lo que surgió la «diferencia tecnológica» en el adiestramiento y en el equipo militar que caracterizaba a una aristocracia guerrera. Fue la difusión de esta nueva aristocracia militar y su imposición sobre lo que habían sido las funciones de gobierno puramente civiles lo que caracteriza la llamada «ascensión de los *bushi*» y el retorno general a la costumbre de que los particulares llevaban armas en la sociedad japonesa.

Sabemos que, por primera vez en el siglo IX, hubo gobernadores provinciales que recibieron permiso para armarse a sí mismos y a sus gentes, con el fin de realizar mejor sus funciones. Esta costumbre, que comenzó en las provincias orientales, era una primera indicación de la debilidad de las unidades civiles, tanto militares como de policía, de las provincias. A medida que las condiciones locales empeoraban, el gobierno central delegó en los gobernadores provinciales o en miembros de sus planas mayores ciertos poderes militares y de policía en la

forma de títulos especiales, como el de juez (*ryōshi*) o el de agente de policía militar (*tsuibushi*). Al principio, estos cargos eran temporales, y otorgaban a los funcionarios civiles la autoridad necesaria para reclutar y usar bandas armadas para la defensa o para la acción de policía. Pero como la clase de los funcionarios provinciales ocupaba sus puestos, cada vez más, sobre una base hereditaria, y como los trastornos locales se extendían durante largos períodos, los títulos militares se hicieron permanentes y comenzaron a relegar a un segundo plano los cargos civiles.

También en los *shōen* los miembros de la clase dirigente consideraron necesario armarse a sí mismos y a sus subordinados, a medida que los funcionarios de la administración provincial se mostraban cada vez menos capaces de asegurar la protección local. Como consecuencia, además, tanto dentro de la administración provincial como de los *shōen*, los superiores comenzaron a reclutar combatientes entre sus subordinados, formando guardias armadas sobre una base regular y fuerzas de castigo cuando las ocasiones se presentaban. El servicio militar (*beishi yaku*) se convirtió en una forma regular de servicio dentro del sistema *shōen* y de los órganos subsistentes del gobierno imperial. Y las familias provinciales de posición social suficientemente elevadas se vieron estimuladas a adiestrar a sus miembros en las artes técnicamente difíciles del manejo del arco, del uso de la espada y de la equitación, y a adquirir el costoso equipo de caballo y armadura que haría de ellos una élite militar.

Todo esto influyó intensamente en las relaciones entre la autoridad civil y el poder coercitivo a otros niveles del gobierno. Como la capacidad de ejercer el mando se basaba cada vez más en la fuerza de las armas, los funcionarios designados para puestos civiles comenzaron a constituir sus propias fuerzas militares o de policía, rivalizando los unos con los otros. Y por ello, en todos los niveles del gobierno central y del local, las oficinas reclutaban bandas de combatientes para este fin. En la capital, la Oficina de Archiveros constituyó su propia guardia militar a partir del año 889; también la Policía Imperial de la capital hizo sus propios reclutamientos en las provincias; los Fujiwara adscribieron sus tropas privadas a sus cuarteles generales militares u organizaron guardias familiares (sus uñas y dientes), utilizables por el regente o por otros destacados miembros de la familia; los seis grupos de la guardia de palacio se convirtieron en los guardias de corps de los miembros de la familia imperial, e incluso los templos y los monasterios extrajeron de los *shōen* grandes unidades de hombres armados.

La transformación de la aristocracia provincial en una *élite* militar no destruyó de un modo inmediato el orden existente, pues simplemente trasladaba la tendencia al carácter privado, puesta de manifiesto por los *shōen*, a otros aspectos del gobierno. Los *bushi* no eran más que funcionarios que se comprometían profesionalmente tanto al servicio militar como a la administración local. Su servicio militar se llevaba a cabo dentro de uno u otro de los sistemas de mando existentes, que se centraban en la corte. Pero los *bushi* acabaron siendo un problema, a medida que comenzaron a desarrollar nuevos intereses y nuevos vínculos de asociación que se enfrentaban con la antigua estructura del poder, y, especialmente, cuando crearon bandas o partidas con intereses privados que entraban en conflicto con los de la corte. Cuando las bandas de *bushi* comenzaron a aparecer, en el siglo X, se llamaban *lō*. Estaban unidas por muchos y diferentes lazos de interés mutuo o de asociación familiar. La mayor parte de ellas giraban en torno a un núcleo de parentesco o de parentesco ritual, de la misma especie que habla caracterizado la estructura familiar japonesa de las épocas más antiguas. El jefe del grupo familiar formaba una unidad con los miembros de su familia inmediata (*ichimonz* o *ichizoku*). Las ramas de familia eran tratadas como seguidores patrimoniales (*tenoko*), y los seguidores no unidos por vínculos familiares se llamaban hombres de la casa o dependientes (*kenin*). Así, los términos del parentesco se utilizaban para definir asociaciones que no se basaban necesariamente en la consanguinidad, y el jefe del grupo continuaba actuando como jefe religioso en las ceremonias que se celebraban ante los santuarios patrocinadores de la familia o ante las divinidades protectoras locales. Por esta razón, las bandas *bushi* de esta época suelen considerarse clanes.

A esta organización basada en la familia, se agregó el elemento de la obediencia militar. La acción militar reunía a hombres procedentes de localidades enormemente dispersas, en torno a un solo y destacado jefe. Las alianzas de armas constituidas en tales ocasiones tendían a ser personales y duraderas. Fue el vínculo militar privado —equiparado a la costumbre europea del vasallaje— el que se convirtió en el rasgo clave de un nuevo sistema de autoridad. Las grandes bandas regionales de familias militares eran, generalmente, el resultado de períodos de amplias perturbaciones internas y tendían a formarse en torno a los miembros de la aristocracia cortesana que se habían trasladado a las provincias para tomar el mando de fuerzas especiales militares o de policía. Estas familias poseían la combinación de títulos militares y prestigio social que les daba

una ventaja con la que pocos dirigentes simplemente locales podían enfrentarse. Miembros de las familias Fujiwara, Taira, o Minamoto, servían cada vez más como miembros de los grupos dirigentes de los *shōen*, o como gobernadores delegados o funcionarios residentes próximos al gobernador. Gracias a esto, muy pronto estuvieron en condiciones de conseguir partidarios entre las familias que llevaban mucho tiempo residiendo en las provincias y de erigirse como jefes regionales.

Algunos trastornos producidos en el curso de los siglos X y XI facilitaron las ocasiones para el surgimiento de un cierto número de poderosos jefes militares que se encontraban en el centro de partidas regionales de grandes dimensiones. El primero de aquellos trastornos fue el asunto de Taira-no-Masakado, en las provincias orientales. Masakado, un jefe obstinado y con grandes ambiciones personales, pertenecía a la quinta generación descendiente del emperador Kammu. En el año 935, atacó y mató a su pariente Taira-no-Kunika, gobernador delegado de la provincia de Hitachi, y, en el 939, se apoderó de las capitales provinciales de Shimotsuke y de Kōzuke, reivindicando el dominio sobre las ocho provincias del Kantō. Incluso se proclamó «nuevo emperador». Al final, fue muerto, y su rebelión fue sofocada por Fujiwara-no-Hidesato (recientemente nombrado «gobernador de Shimotsuke») y por Taira-no-Sadamori, hijo de Kunika. Sadamori fue recompensado por esta acción con el prestigioso cargo de General del Cuartel General de la Pacificación (*Chinifu-shōgun*). Mientras tanto, en el Japón occidental, a lo largo del mar Interior, el aumento de la piratería había presentado un importante problema porque obstaculizaba el transporte de los tributos. Fujiwara-no-Sunimoto, enviado desde la capital para pacificar a los piratas, se convirtió, a su vez, en bandido, y comenzó a aterrorizar la zona. Sus seguidores y él no fueron muertos o dispersados hasta el año 939, en que se otorgó una nueva delegación de la autoridad militar a los miembros de la aristocracia local. Uno de estos era Minamoto-no-Tsunemoto.

A consecuencia de estos incidentes, encontramos a miembros de las familias Taira y Minamoto adquiriendo cada vez mayor importancia en las provincias. El hijo de Tsunemoto, Mitsuataka, se alió con la casa Fujiwara y en seguida pasó a prestar servicio en distintos puestos provinciales y adquirió un gran número de *shōen*, en los que reclutaba fuerzas combatientes para las guardias de los Fujiwara. Poco tiempo después, hombres de su banda de los Minamoto (los Seiwa Genji) estaban sirviendo como funcionarios nombrados por la corte en Kyoto y en las provincias. Los Taira descendientes de Sadamori (de la dinastía

Kammu Heike) predominaron en las provincias orientales, pero otros linajes del apellido Taira ejercían su mando en la zona del mar Interior. Una serie de conflictos que hizo necesaria la acción militar en las provincias orientales, desde 1051 a 1088, facilitó una nueva oportunidad a los jefes Minamoto y Taira de aumentar su prestigio. A finales del siglo, estas dos partidas principales estaban comenzando a desarrollar identidades diferentes, los Minamoto estableciendo fuertes bases en el Kantó, bajo Yoshie, mientras los Taira, bajo la protección de los emperadores retirados, se habían reforzado en sus provincias natales.

A mediados del siglo XI pudo verse que la nueva aristocracia provincial estaba actuando no sólo como defensora de la paz en las provincias, sino como participante en las luchas por el poder que se desarrollaban en la corte cada vez con más frecuencia. Se acercaba así el momento en que un miembro de esta nueva clase reuniría suficientes elementos de poder para desempeñar un importante papel en los asuntos de la corte. Pero esto no ocurrió hasta un siglo después, hasta que las familias cortesanas se habían debilitado aún más a causa del faccionalismo y del descuido de las cuestiones administrativas, porque el sentimiento de respeto que la nobleza cortesana inspiraba era todavía considerable.

Sin embargo, hacia mediados del siglo XII Kyōto se encontraba en un estado de agitación, porque opuestos centros de influencia, la oficina de los ex emperadores, los Fujiwara y los grandes templos se enfrentaban entre sí. Los intereses de la corte, que descansaban cada vez más en sus subordinados provinciales para dirigir los asuntos locales y para organizar sus guardias militares privadas, estaban acercándose peligrosamente a la pérdida efectiva del control sobre los acontecimientos. Mientras tanto, los grandes monasterios de Enryakuji y de Kōfukuji crearon un nuevo conflicto con sus exigentes demandas ante la corte mediante grandes masas de tropas turbulentas. Se acercaba a pasos agigantados el día en que alguien que tuviese el mando de las guardias armadas tomaría la fortuna en sus manos y desafiaría a la corte. El primero que explotó esta situación fue Taira-no-Kiyomori (1118-1181).

Kiyomori sucedió al jefe del linaje Kammu-Heike, tras la muerte de Tadamori en el 1153. Había prestado notables servicios en distintos cargos provinciales y como gobernador de Aki había alcanzado un alto rango cortesano. En 1156, un conflicto de intereses entre el emperador retirado Sutoku y el emperador reinante, Go-Shirakawa, precipitó la primera ocasión en que una facción de la corte recurría abiertamente a la

acción militar. En el conflicto Hōgen que se produjo a causa de ello, Kiyomori, que apoyaba al emperador Go-Shirakawa, logró una victoria decisiva. En el bando perdedor estaba Minamoto-no-Tameyoshi. Su inmediata ejecución debilitó grandemente la posición de los Minamoto en la corte. En 1160, Minamoto-no-Yoshitomo, el único jefe Minamoto superviviente de alguna importancia, se unió a una conspiración para eliminar a Kiyomori. Pero Kiyomori volvió a triunfar, y con la muerte de su rival se encontró sin oposición militar en la corte. Su inmediato ascenso a consejero (*Sangi*) y al tercer rango de la corte situó por primera vez a un hombre de la aristocracia provincial en el nivel superior de la nobleza cortesana y dentro de los órganos políticos de la corte. Desde aquella posición, Kiyomori procedió a dominar Kyōto.

La hegemonía Taira se llevó a cabo de igual forma que la Fujiwara, mediante la infiltración en la propia corte. Pero como Kiyomori era tanto un jefe militar como un cortesano, recurrió frecuentemente a métodos violentos. Sin embargo, al igual que los jefes Fujiwara, se apoyó en la conquista de los altos puestos del gobierno central, en las grandes posesiones *shōen* y en los matrimonios con la familia imperial. El mismo se convirtió en Gran Ministro, su hijo en Ministro del Interior (*Naidaijin*), dieciséis de sus parientes próximos fueron hechos altos cortesanos, treinta pasaron a ser gobernadores provinciales o jefes de las guardias de la capital. En 1180 colocó a su nieto, todavía niño, en el trono imperial, como emperador Antoku. El cuartel general en el palacio de Kiyomori, en Rokuhara, sustituyó, pues, al *Mandokoro* de los Fujiwara y al *In-no-chō* del ex emperador como centro del poder político en la capital. El período de 1160 a 1185 se ha llamado por ello, a veces, el período Rokuhara.

El dominio de los Taira sobre la corte no duró mucho. La fuerte dictadura de Kiyomori suscitó inmediatamente la decidida oposición de la corte y del clero. Go-Shirakawa, su protector en otro tiempo, llegó a ser un importante puntal en la oposición. Pero hasta 1180 no se organizó una conspiración contra los Taira, en la que estaban implicados algunos supervivientes Minamoto, los sacerdotes de Onjōji y de Kōkufuji y el hijo de Go-Shirakawa, príncipe Mochihito. El complot fue reprimido con gran violencia, pero una llamada a las armas, enviada en nombre de Mochihito, reunió a otros miembros de los Seiwa-Genji en las provincias orientales. Poco después Yoritomo (1147-1199), heredero de la jefatura del linaje Seiwa Minamoto, levantó su

estandarre en Izu. Se daba la irónica circunstancia de que en 1160 se le había perdonado la vida a causa de su juventud. Yoshinaka (1134-1184), un pariente más lejano, puso en pie de guerra a sus partidarios en Shinano. En 1181, cuando Kiyo-mori murió, los Taira se encontraban a la defensiva frente a los Minamoto.

La guerra entre los Minamoto y los Taira (la guerra Gempei) se prolongó desde 1180 a 1185. Tras comenzar en el Kantō, pronto desplazó su foco al Japón Central y Occidental, donde estaba concentrada la resistencia Taira. En 1183, Yoritomo controlaba el Kantō, Yoshinaka había ocupado Kyōto y los Taira se habían replegado a sus bases en el mar Interior. En ese momento, Yoritomo recibió de los triunfos de Yoshinaka y envió contra él un ejército de combatientes del Kantō, al mando de sus hermanos más jóvenes, Yoshitsune y Noriyori. Yoshinaka fue eliminado en 1184 y Yoshitsune continuó mandando las fuerzas del Kantō, con una serie de brillantes victorias sobre los Taira, a medida que éstos se retiraban hacia el mar Interior. En Dan-no-ura, las fuerzas Taira, ahora casi totalmente reducidas a los barcos, se encontraron con los Minamoto por última vez y fueron aniquiladas. En la batalla naval que puso fin a la hegemonía Taira se ahogó el emperador Antōku y con él se perdió la espada que había sido una de las tres insignias sagradas del trono japonés.

La guerra Gempei brilla en la historia japonesa con una luz especialmente romántica. Guerra importante, librada entre grandes fuerzas sacadas de todos los rincones del Japón, comprometió a la aristocracia militar en la actividad bélica más general y prolongada que el país hubiera visto nunca. Además, a causa del modo de lucha, en el que guerreros pesadamente armados desafiaban a sus adversarios a singular combate, dio origen a una gran cantidad de episodios heroicos. La dureza de la guerra se vio acrecentada también por el hecho de que, en el momento en que se enfrentaron con los Minamoto, la mayoría de los jefes Taira se habían adaptado totalmente a las costumbres de la corte de Kyōto. La imagen de los rudos guerreros del Kantō, enfrentándose con los refinados Taira convertidos a las formas cortesanas, presió un cierto patetismo al relato de las hazañas de la lucha Gempei. La guerra causó, pues, una fuerte impresión en la imaginación japonesa y dio origen a una literatura romántica (especialmente a los *Heike Monogatari*), de la que iba a surgir una versión idealizada del comportamiento de los *bushi* y numerosas narraciones que constituirían la base de los dramas para el teatro *kabuki* y *no*. Desde un punto de vista histórico, la lucha entre aquellas

dos grandes facciones *bushi* tuvo también importantes implicaciones. Porque la guerra contribuyó, en gran medida, a fijar la nueva posición de los *bushi* en la dirección del país, y condujo a la instauración de la primera hegemonía militar nacional bajo Yoritomo. Para consolidar su dominio sobre el país, Yoritomo actuó de un modo totalmente distinto del empleado por Kiwomori. Mediante la instalación de un cuartel general militar separado en Kamakura, lejos de la ciudad de Kyōto, inició el proceso a través del cual la corte era dejada aparte y sus poderes eran absorbidos por la aristocracia militar recientemente surgida.

Minamoto-no-Yoritomo había comenzado en 1180 a reunir fuerzas contra los Taira en la provincia de Izu. Su propósito inicial, obedeciendo al mandato del príncipe Mochihito, había consistido simplemente en restaurar la fortuna de su familia y en limpiar de los Taira las provincias orientales. Acabó formando un protectorado militar sobre todo el país. A diferencia de los Taira, no intentó la infiltración en la corte, sino que más bien explotó hasta el límite los poderes militares y policíacos que la corte estaba dispuesta a delegar, muy gustosamente, en cualquier jefe que pudiese mantener la paz. En este sentido, la instauración del shōgunato por Yoritomo, lejos de ser una usurpación de autoridad, fue una legítima creación del sistema imperial. Sin embargo, para Yoritomo, el proceso de la conquista del poder fue casi exactamente el reverso del utilizado por los Taira: permaneciendo al margen de la corte, consiguió su poder militar y su organización personal antes de alcanzar los honores, los títulos y, por último, la legitimidad de la corte.

De los jefes Minamoto, parece que Yoritomo fue el que tuvo la más clara visión de las «necesidades políticas» de la época, rechazando, tras sus primeros éxitos, la tentación de avanzar hasta Kyōto para ganar los títulos mediante los cuales podía haber logrado una ascensión más rápida. En lugar de ello dejó a otros la gloria de la batalla, mientras él se dedicaba a la tarea, más escrupulosa, de consolidar su base en la zona del Kantō. A lo largo de toda la guerra Gempei, Yoritomo permaneció, pues, en el Este, reforzando sus propiedades, recompensando a sus seguidores y creando una banda leal de «hombres de la casa» (*gokenin*). Su cuartel general militar de Kamakura iba convirtiéndose, cada vez más, en un centro administrativo para aquella zona.

Como jefe reconocido del linaje Minamoto, la victoria final sobre los Taira en el 1185 contribuyó al crédito de Yoritomo y tuvo como resultado que recibiese una amplia delegación de

poderes por parte de la corte. Y aunque estos poderes se reducían, en buena medida, a las funciones militares y políticas del estado, incluían la responsabilidad de facilitar los pagos de los impuestos *shōen*. Al tomar los títulos de *Sō-shōgo* (jefe de los gobernadores militares) y de *Sō-jito* (jefe de los intendentes militares de la tierra), recibió la facultad de otorgar nombramientos militares en todas las provincias del país y el derecho a intervenir en las propiedades *shōen* pertenecientes a la corte y a los monasterios. Estos poderes militares alcanzaron su decisiva legitimación cuando se le concedió el título de Shōgun en 1192.

Mientras tanto, la posición social de Yoritomo se encumbraba mediante la concesión de un alto rango cortesano, y su riqueza aumentaba gracias a la adquisición de numerosos *shōen*. En el momento en que fue nombrado Shōgun era, en realidad, una fuerza importante en los sectores civil y militar del gobierno. Jefe (*chōjia*) del linaje Seiwa Minamoto y poseedor más anciano del segundo rango de la corte, poseía directamente un gran número de *shōen* (tal vez 120 fincas en 39 provincias) confiscados a los Taira y confirmados como de su propiedad por despacho del ex emperador, además de otros muchos *shōen* que le habían sido contados por sus seguidores. Como Shōgun, se convirtió en «propietario» (*kōkushū*) de nueve provincias en el Kantō, y propietario, aunque no de nombre, de otras siete. En estas provincias él tenía la facultad de nombrar gobernadores, funcionarios civiles e incluso funcionarios *shōen*. En otras partes, sus poderes eran más limitados y se reducían a su derecho a instituir dos nuevas clases de funcionarios: gobernadores militares (*shugo*) e intendentes militares de la tierra (*jito*). Estos nombramientos eran la señal distintiva del extendido sistema de Yoritomo.

Justificados inicialmente, en 1185, para ayudar a Yoritomo a limpiar los restos de la resistencia militar, los *shugo* se establecieron en todas las provincias en las que ejercían el control de los asuntos militares y de policía. Al propio tiempo se colocaron *jito* en las zonas rurales, a fin de ayudar a los funcionarios *shōen* a recaudar los impuestos sobre la tierra y para exigir un impuesto militar de emergencia que Yoritomo consideraba necesario para proseguir la guerra. Los nuevos nombramientos militares que Yoritomo hizo entre los hombres de su banda de *gokenin* no sustituyeron a la administración civil provincial existente ni a los administradores *shōen*, sino que ocuparon su lugar al lado de éstos. Para el Shogun formaron una red de conexiones provinciales que se extendía por todo el país. Y fue esta red de nombramientos lo que convirtió el

cuartel general de Yoritomo de Kamakura en algo más que un simple poder entre poderes y le dio las dimensiones de un órgano administrativo nacional.

En su ascensión al poder, Yoritomo había proclamado que servía al régimen imperial como protector, no como destructor, y se preocupó siempre de buscar la sanción legal para sus acciones en cada momento. Así, pues, el shogunato de Kamakura se basaba, legalmente, en una delegación de autoridad por parte de la corte. Pero el Shogun se encontraba en posesión de una organización capaz de asumir casi todas las funciones del gobierno local y, además, era mucho más eficaz que la debilitada maquinaria del gobierno, presidida por la nobleza cortesana. Yoritomo había creado, pues, un sistema de administración, basado en un sistema de dominación feudal, que acabaría sustituyendo (o absorbiendo) los órganos del gobierno civil que tenían su centro en Kyōto. La instauración de Kamakura como centro de estas nuevas instituciones y como ciudad de la clase de los *bushi* constituyó un importante giro en la historia japonesa.

II. KAMAKURA

El rasgo más sobresaliente del siglo y medio que siguió al final de la guerra Gempei fue el equilibrio en la influencia política y cultural que existió entre los dos centros de Kyōto y Kamakura. Al principio, el equilibrio era más o menos estable. Kyōto conservaba su prestigio como ciudad de la nobleza de la corte y centro de alta cultura. La riqueza de la aristocracia y su posibilidad de mantener una vida de elegancia no se habían visto gravemente reducidos por la ascensión de los *bushi* provinciales. Sus extensos *shōen*, ahora administrados más firmemente, gracias a los esfuerzos de los intendentes militares que habían sido colocados al lado del antiguo grupo administrativo, continuaban permitiendo el modo de vida aristocrático. Pero la autoridad civil se encontraba, indiscutiblemente, en desventaja frente al creciente poder de la aristocracia militar, y el equilibrio de influencia, durante aquellos años, iba desplazándose, constantemente, de Kyōto hacia Kamakura. Un giro importante se produjo en el año 1221, cuando el ex emperador Go-Toba reunió un ejército entre los *shōen* imperiales cercanos y algunos monasterios budistas, en un esfuerzo por destruir el shogunato. Los jefes de Kamakura, por su parte, enviaron un gran ejército que acabó fácilmente con lo que ellos llamaban la «rebelión» del emperador. En el acuerdo resultante, el shogu-

nato confusó todavía más *shōen* de los *kuge*, estableció la oficina del Shogun delegado (*Tandai*) en Kyōto (situado en Rokuhara, el antiguo cuartel general Taira) y, además, extendió el sistema de intendentes por todo el Japón. El equilibrio de poder se inclinó decididamente en favor de Kamakura, que comenzó a intervenir cada vez más intensamente en cuestiones de la corte, tales como la sucesión al trono o en la regencia Fujiwara.

Kamakura, como nuevo centro político, incorporaba dos instituciones fundamentales. Era el cuartel general de la banda Minamoto, un grupo de unas dos mil familias militares en la época de Yoritomo, que habían prometido fidelidad a Yoritomo y que habían sido reclutadas como «hombres de la casa» (*gokenin*). Era también el cuartel general administrativo del shogunato. La propia Kamakura, de simple aldea de pescadores pasó a ser una ciudad de cierta magnitud, en la que los vasallos Minamoto importantes construían sus residencias, y nuevas sectas budistas levantaban sus templos principales. El shogunato o *bakufu*, como organización administrativa, era menos completo que el gobierno imperial. Constituido casi en su totalidad por *gokenin* nombrados funcionarios, los órganos shogunales de administración, al igual que los «gobiernos familiares» de los Fujiwara y de los In, tendían a ser simples y directamente funcionales.

Desde el punto de vista histórico, el primero de los organismos *bakufu* que se creó fue el Departamento de los Samurái (*Samuraidokoro*), que Yoritomo había formado al comienzo de su campaña contra los Taira. Gradualmente fue convirtiéndose en un cuartel general militar y de policía, encargado de la estrategia, del reclutamiento y de la asignación del personal militar, y de la superintendencia general de los asuntos *gokenin*. Su funcionario jefe era elegido, al principio, entre los miembros de la familia Wada, una de las más importantes adheridas a Yoritomo. El Departamento de Administración (*Kimono*), después llamado *Mandokoro* desempeñaba las funciones de una junta general administrativa y política. Como jefe de ella Yoritomo había colocado a un experto en cuestiones jurídicas reclutado en la corte de Kyōto, Oe-no-Hiramoto. El Departamento de Investigación (*Monchūjo*) actuaba como tribunal de apelaciones, hacía cumplir las reglamentaciones penales y tenía a su cargo distintos registros judiciales y catastrales. Su primer jefe era también un especialista administrativo de Kyōto, Miyoshi-no-Yasunobu. Estos tres departamentos constituían el más alto aparato administrativo del shogunato en la época de Yoritomo, y los tres jefes de departamento, actuando bajo el jefe

(*Shikken*) del Departamento de Administración, actuaban como junta asesora que discutía los asuntos políticos en presencia del Shogun. Estos simples órganos de administración central satisficieron las necesidades del shogunato durante la mayor parte de la existencia de éste.

Por debajo del nivel de los departamentos centrales de Kamakura, los hombres del shogun ocupaban diversos puestos locales, por lo general en el seno de la preexistente estructura de instituciones imperiales y *shōen*. Como gobernadores provinciales o jueces, o bien como administradores de los *shōen*, prestaban sus servicios como si fuesen funcionarios civiles. Agregados a estas funciones ya existentes, se hicieron los nuevos nombramientos de gobernador militar y de intendente militar de la tierra. Los *jitō* prestaban servicio como funcionarios locales con misiones semejantes a las de los administradores *shōen* o a las desempeñadas por los recaudadores de impuestos provinciales. Su principal distinción consistía en que eran designados por el shogun y tenían que rendir cuentas a Kamakura y no a Kyōto. Los *jitō*, al principio, contribuyeron a reforzar la administración local existente y tenían la responsabilidad de vigilar para que los tributos de la tierra fuesen fielmente recogidos y distribuidos. Pero este servicio no estaba libre de cargas. Por consiguiente, los *jitō* eran recompensados, en general por medio de una parte sacada de los propios *shiki*. Por ejemplo, los que habían sido nombrados recientemente, a partir de 1221, recibían una onzava parte de los tributos de la tierra, y «la mitad de los productos de la montaña y de las corrientes de agua». Se recaudaba también un sobre-impuesto militar (*kyōryōmizū*) de una quincuagésima parte, aproximadamente, de los tributos de la tierra, para financiar las instituciones militares centralizadas en Kamakura. Por tanto, la absorción de tributos *shōen* por parte de los funcionarios militares no era despreciable.

Por encima de los *jitō*, y generalmente elegidos entre los más poderosos de ellos, estaban los gobernadores militares. Eran nombrados uno para cada provincia y colocados al lado de los gobernadores civiles, ahora ya sin poder alguno, como superiores judiciales y funcionarios encargados del cumplimiento de las leyes. Además, vigilaban a los miembros locales de la banda del Shogun y hacían asignaciones a los diversos grupos de la guardia militar.

Yoritomo, a pesar de toda su habilidad como organizador, no acertó a asegurar la continuidad de su propia sucesión. Tras haber exterminado a todos los rivales en el seno de su familia más próxima, dejó en el momento de su muerte, en 1198, a

dos hijos indignos, totalmente incapaces de controlar la banda Minamoto. En consecuencia, entre los antiguos vasallos de Yoritomo estalló una lucha por el poder. Poco tiempo después, la vida de Yoritomo, Hōjō-no-Masako (1157-1225), y los miembros varones de la familia de ésta lograron adueñarse del poder. En el año 1203, el padre de Masako se convirtió en jefe (*Shikken*) del Departamento de la Administración, estableciendo así lo que equivalía a una regencia sobre el Shōgun. A través de este cargo, sucesivos miembros de la familia Hōjō dominaron el shōgunato de Kamakura, hasta su extinción en 1333. En 1219 fue llevado a Kamakura un Shōgun simplemente decorativo, en la persona de un niño de la corte de los Fujiwara, descendiente de la hija de Yoritomo, y a partir de 1252 los príncipes imperiales que desempeñaban las funciones de Shōgun constituían una fachada tras la cual los Hōjō manejaban el *bakufu*.

La regencia Hōjō duró más de cien años y dio al Japón un período de gobierno fuerte y de cómoda estabilidad. Irónicamente, los Hōjō eran del linaje Taira, una familia firmemente arraigada en la provincia de Izu antes de su alianza con los Minamoto, a través de Yoritomo. Durante cerca de un siglo esta familia, que ejercía el poder por medio del shōgunato, produjo una sucesión de jefes de gran capacidad, que desempeñaron honrosamente el cargo de *Shikken*. Cada vez en mayor medida, los Hōjō absorbían también otros cargos del shōgunato, apoderándose del control del Departamento de los Samurái, de la Delegación del Shōgun en Kyōto y de la mayoría de los gobernadores militares provinciales del país. La creación de un Consejo de Estado (*Hōjōōshū*) en el año 1225 dio a los Hōjō nuevos medios de control sobre la política y la actividad del shōgunato.

Uno de los más notables rasgos de la administración de Kamakura fue la relativamente imparcial y efectiva atención que prestó al mantenimiento de la paz y a la conservación del orden dentro de las provincias. Los miembros de la banda vasalla del Shōgun, que desempeñaban las misiones de funcionarios provinciales o de gobernadores militares e intendentes de la tierra desarrollaron un tosco y empírico sistema de administración, especialmente cuando se trataba de detener los derechos de la propiedad y de la posesión. En aquel tiempo, las artificiales cláusulas del Código Taihō tenían poca aplicación a las condiciones de las provincias. Por esta razón, los Hōjō redactaron en el año 1222 un sencillo código de principios administrativos y de regulaciones para orientación de los *goke-nin* que servían a las órdenes del shōgunato. Este era el *Código Jōei* (*Jōei-shikimoku* o, más exactamente, *Kantō goseibai shiki*).

moku), que fue la primera codificación de «derecho feudal» consuetudinario en el Japón. Como principios fundamentales declaraba que los intereses de las instituciones religiosas y de los propietarios de la corte tenían que ser protegidos; ordenaba a la aristocracia guerrera la observancia de las cláusulas de la *ley shōen* y que se sometiese absolutamente a la autoridad superior; y aclaraba las funciones de los *jitō* y de los *shugo*, así como las facultades de los tribunales de Kamakura.

La prueba más dramática de la eficacia del gobierno de los Hōjō se presentó hacia finales del siglo XIII, cuando los combatientes japoneses se enfrentaron con los enormes esfuerzos anfibios del jefe mongol Kubilai Khan, por sojuzgar el Japón. Kubilai, tras haber invadido la mayor parte de China y toda Corea, envió mensajeros, en el año 1266, a exigir que los japoneses se incluyesen entre los vasallos tributarios del estado mongol. Si se hubiese dejado a los consejeros del emperador en Kyōto, los japoneses habrían accedido sin duda, pero el regente Hōjō Tokimune, despidió bruscamente a los mensajeros. Entonces Kubilai se preparó para invadir el Japón, requiriendo barcos y marinos entre los chinos y los coreanos recientemente sometidos. En el año 1274 un ejército mixto de unos 30.000 mongoles y coreanos zarpó de los puertos de Corea contra el Japón. Efectuaron un rápido desembarco en las costas del Kyūshū septentrional, cerca de Hakata, donde salieron a su encuentro las fuerzas japonesas precipitadamente reunidas por Kamakura entre sus vasallos defensores. Pero una oportuna tempestad rechazó la flota invasora hasta Corea con graves pérdidas.

Esto decidió todavía más a Kubilai a someter el Japón. A la vez que apresuraba su conquista del sur de China, continuaba enviando mensajeros al Japón y haciendo preparativos para una segunda expedición. Tokimune tampoco estaba inactivo. Los mensajeros enviados por Kubilai fueron inmediatamente decapitados. A lo largo de la costa de la bahía de Hakata se construyó una gran muralla defensiva, en Kyūshū se estableció un cuartel general militar y se reunieron nuevas concentraciones de tropas dispuestas e incluso adiestradas en las nuevas técnicas de lucha utilizadas por los mongoles. En 1281, Kubilai envió desde Corea y desde China un gran ejército, del que se dijo que constaba de 140.000 hombres. Aunque capaces de realizar algunos desembarcos limitados, los mongoles no pudieron penetrar en el interior, a causa de la muralla y de las cualidades combativas de los japoneses. Cuando, tras dos meses de lucha, otra tormenta dispersó la gran flota invasora, los que pudieron huyeron a Corea, dejando que los demás fuesen

mueritos por los japoneses o capturados y hechos esclavos. Los japoneses se habían defendido con éxito contra la que seguramente fue la mayor expedición marítima de la historia hasta los tiempos modernos.

Los japoneses fueron, pues, quienes infligieron a los mongoles, mandados por Kubilai, una de las pocas derrotas sufridas por éstos. Los mongoles no se resignaron al fracaso, y en 1283 Kubilai organizó un cuartel general para preparar una tercera expedición, pero fue disuelto después de su muerte, ocurrida en 1294. En el Japón, sin embargo, la alerta militar impuesta por los Hójo se mantuvo hasta 1312. El conflicto con los mongoles había tenido un efecto profundo y duradero. Mezclada con el orgullo de haber salvado a su país, había también una prolongada sensación de temor, especialmente en las mentes de los jefes militares. Kamakura, además, se encontró con dos problemas inesperados. De una parte, los templos y los santuarios, que durante la invasión habían sostenido una gran labor de lectura de las sutras y de sortilegios, se adjudicaron el mérito de la derrota de los mongoles, declarando que había sido el resultado de las fuerzas espirituales, especialmente del «viñto divino» (*kamikaze*), que los *kami* protectores del Japón habían desencadenado contra los enemigos de éste. De otra parte, las familias de los hombres que realmente habían luchado y muerto exigían una compensación, y, como el ejército invasor no había dejado tierras como botín de guerra, Kamakura disponía de pocas posibilidades de mantener contentos a sus vasallos. Así, pues, a pesar del éxito de los Hójo en la defensa contra los mongoles, el país había sido expunido hasta el límite y los Hójo se encontraron con problemas que provocarían su ruina.

Los combatientes japoneses que en este episodio aparecieron por primera vez en el escenario de la historia universal fueron un producto muy especial de la cultura japonesa. Los *bushi*, o *samurai*, surgían de entre las clases de jefes producidos por las sociedades asiáticas orientales como algo totalmente distinto. Sin duda alguna, los *bushi* tenían muy poco en común con los cultos funcionarios de China, y es interesante señalar que se asemejaban mucho más, en estilo de vida y en valores básicos, a los caballeros europeos del mismo período, aproximadamente. Productores de un ambiente feudal, contrastaban también con la aristocracia cortesana, más antigua, que mantenía el control de la ciudad de Kyōto. A finales del siglo XII los *bushi* se habían convertido en un elemento importante en la cultura superior del Japón y no sólo en los asuntos políticos y militares. Y aun que el modo de vida representado por los *bushi* no había lle-

gado, en modo alguno, a predominar en el Japón de aquel tiempo, la escena cultural de Kamakura estaba influida cada vez más intensamente por los gustos y valores de esta nueva clase de jefes.

El *bushi*, aunque aristócrata, llevaba una existencia que se diferenciaba mucho del modo de vida de la nobleza cortesana. Era un aristócrata provincial dedicado al oficio de las armas y, al contrario que los *kuge*, se preocupaba de los problemas de la espada y de la tierra. La mayor parte de los *bushi* estaba directamente implicada en los asuntos de la administración de la tierra, viviendo en ella o cerca de ella. La nobleza cortesana vivía lejos de la tierra, en su propio mundo aislado, en la capital. Los *bushi*, por tanto, prestaban gran atención a cualidades como la lealtad, el honor, la audacia y la frugalidad, en contraste con la refinada educación de los *kuge*. Se enorgullecían de habilidades tales como la equitación, el manejo del arco, la esgrima y las facultades de mando sobre los hombres. Los dos principales símbolos de esta clase eran la espada (el alma del samurai) y la flor del cerezo (cuyos pétalos caen al primer soplo del viento, de igual modo que el samurai da su vida a su señor sin pesar alguno). Entre las exigencias del deber para con su señor y para dar honor al nombre de su familia, el *bushi* estaba constantemente ceñido por una red de duras obligaciones. El *bushi* estaba obligado también a llevar una vida de penalidades físicas en el campo (o, en otro caso, impuestas a sí mismo por elaboradas normas de disciplina), soportando tales rigores en la creencia de que así estaba «convirtiéndose un carácter». Un precepto fundamental era el de la frugalidad, no sólo porque el *bushi* vivía de los limitados productos del suelo, sino también porque se suponía que el lujo conducía a la debilidad. Por eso tendía a despreciar la vida fácil de los cortesanos, como blanda y carente de vigor. Despreciaba incluso un modo fácil de quitarse la vida. Porque el *bushi* volvió a poner en boga el recurso al suicidio, como «el honorable camino de salida» y como medio de mostrar «seriedad» u oposición a un superior. Pero el método admitido de quitarse la vida, acuchillándose las entrañas (*seppuku*), obligaba a la más horrible y lenta de las muertes. En cierto modo, esta es una prueba de brutalidad. El *bushi* llevaba una vida rigidamente disciplinada, bajo una absoluta obediencia a la autoridad, y con la constante amenaza de muerte sobre él. Se le exigían dureza, sinceridad y, sobre todo, acción.

Con el paso del tiempo, a medida que la clase *bushi* absorbía cada vez más poderes del gobierno, llegaron a desarrollar una música acerca de sí mismos como únicos jefes competentes

de la sociedad japonesa. Despreciando a los decadentes cortesanos y a los mercaderes corrompidos por el dinero, centraron su orgullo en una profesión que, al menos en teoría, estaba consagrada al bienestar general. Estos sentimientos no estaban plenamente desarrollados en el siglo XIII, pero iban desarrollándose. El culto idealizado del *bushi* (*bushidō*) no se puso de manifiesto hasta el siglo XVII, época en la cual los principios derivados del confucianismo pasaron a suministrar un apoyo moral a estos conceptos básicos.

Al igual que en la Europa de la Edad Media, la primera época feudal en el Japón fue también un tiempo de profundo fervor religioso. El despertar religioso del período de Kamakura no fue simplemente el resultado de la ascensión de una nueva clase, sino que estuvo, sin duda, íntimamente asociado al cambio en los modelos de vida y de cultura y a la sensación de inestabilidad que las guerras entre los Taira y los Minamoto, así como el desplazamiento en el equilibrio del poder entre Kyōto y Kamakura, habían provocado. Para muchos, los tiempos estaban desquiciados y sólo podían inspirar pensamientos pesimistas. El temor por el «fin de la Ley» continuaba y los que miraban al mundo desde la decadente ciudad de Kyōto podían muy bien imaginar que el Japón estaba viviendo días infortunados.

Pero la difusión de nuevas sectas y la profunda penetración de las creencias budistas en la sociedad japonesa tenían una causa más positiva. El nuevo despertar satisfacía las necesidades de las nuevas clases y de los nuevos sectores surgidos en el país. La aristocracia guerrera, a pesar de sus rudos modos, se sentía profundamente atraída hacia el budismo, y muchos de sus miembros se retiraron al sacerdocio en sus últimos años. En el seno de la sociedad *bushi*, las órdenes monásticas desempeñaron un papel importante: el clero ofrecía un conjunto de hombres ilustrados que podían actuar como amanuenses o consejeros de los literados administradores militares; los monasterios servían como refugios de las artes y de las letras, o simplemente para la vida tranquila de los que rehúan la existencia del guerrero. El nuevo despertar constituía también un indicio del ascenso en el nivel de vida y de la mejora cultural en las provincias, porque mucha de la nueva actividad religiosa y muchos de sus jefes pertenecían al campesinado rural o a los samurai inferiores, y sus seguidores tampoco se limitaban a la aristocracia. A mediados del siglo XIII, la institución budista se había convertido en parte integrante de la vida japonesa a todos los niveles, desde la más baja comunidad aldeana hasta la aristocracia de Kamakura y de Kyōto, y en todas las pro-

vincias habían surgido, casi uniformemente, importantes centros religiosos.

El despertar de Kamakura era también, en parte, una reacción contra el orden budista establecido, contra los conceptos esotéricos del Tendai y del Shingon, y contra las visiones jerárquicas de la vida mantenidas por las seis sectas de Nara. Porque las nuevas sectas surgidas en el siglo XIII ponían las enseñanzas budistas al alcance de los más humildes legos y ofrecían a todos la posibilidad de la salvación. Las nuevas sectas condujeron a una vulgarización de los dogmas budistas y a una liberación de la doctrina en favor de unas expresiones de la fe más directas y emotivas. Los nuevos jefes, a menudo de humilde origen, fomentaron la traducción de las sutras al japonés común, ofrecían mediante congregaciones de legos e incluso declaraban que los sacerdotes deberían casarse y tener familia para mejor comprender los problemas del pueblo.

Las ideas religiosas en torno a las cuales se organizaron las nuevas sectas no eran, naturalmente, originales de aquel tiempo. El despertar de Kamakura había tenido una larga preparación en los monasterios del período Heian, en el que el culto de Amida y las técnicas de meditación Zen eran muy conocidos. Lo que ocurrió durante el período de Kamakura fue que estas ideas, que se habían mantenido en el seno de las órdenes monásticas establecidas como doctrinas menores, ahora, en manos de los nuevos jefes, se convirtieron en las bases de sectas independientes. El primero de aquellos jefes que rompió con lo instituido fue Hōnen Shōnin (1133-1212), fundador en 1175 de la secta de la Tierra Pura (*Jōdō*). Inspirándose en las antiguas enseñanzas de Genshin, Hōnen enseñaba que el hombre no podía alcanzar la salvación por su propio esfuerzo (*jirikai*) y que sólo podía salvarse por medio del esfuerzo de otro (*tariki*). En su búsqueda de un alivio del sufrimiento y de la mortalidad —enseñaba Hōnen—, el hombre debe comprender que la salvación sólo puede ser alcanzada mediante la fe en la promesa original de Buda. Esta fe se expresa repitiendo con la máxima sinceridad el nombre de Amida (*nembutsu*). Para Hōnen, por tanto, el *nembutsu* era totalmente suficiente. No se necesitaba nada más: ni templos, ni monasterios, ni rituales, ni clero. Además, todos eran iguales a los ojos de Buda, altos o bajos, varones o hembras. Estos extremados puntos de vista fueron desechados, naturalmente, por las sectas antiguas, y Hōnen fue desterrado de Kyōto en 1207. El resultado de los subsiguientes viajes de Hōnen a las provincias fue el de difundir y divulgar aún más sus enseñanzas.

Mientras tanto, uno de los discípulos de Hōnen, llamado

Shinran (1173-1262), simplificó ulteriormente aquellas enseñanzas declarando que una sola y sincera invocación del nombre de Amida era suficiente para la salvación. Impugnó enérgicamente la creación de monasterios; dio ejemplo y rompió con la disciplina tradicional casándose, comiendo pescado y llevando una vida secular normal. Creía que si un hombre bueno podía salvarse, «mucho más podía hacerlo un malvado». Shinran fundó una secta distinta de la de Hōnen, a la que llamó la secta de la Verdadera Tierra Pura (*Shin Jōdō Shū*) o, más sencillamente, la secta Verdadera (*Shinshū*). En los siglos siguientes, la secta fue más popularmente conocida como la única secta sincera (*Ikōshū*). Tanto la Tierra Pura como la Secta Verdadera se hicieron enormemente populares y, aunque negaban la necesidad de una organización sacerdotal, no por ello dejaron de dar origen a grandes comunidades de creyentes servidas por templos y por sacerdotes. La secta Shin tiene hoy en el Japón el mayor número de fieles, y la secta Jōdō ocupa el segundo lugar.

También la secta del Loto (*Hōke*), fundada en 1253 por Nichiren (1222-1282), se basaba en el acto de fe, pero se orientaba hacia un objetivo distinto. Hombre del Kanto, de carácter belicoso, Nichiren enseñaba a sus seguidores a cantar «Gloria a la Sutra del Loto» (*Namu myōhō-ryōge-kyō*). Convencido de que el suyo era el único verdadero camino de salvación, tanto para los individuos como para el país, atacaba duramente a todas las demás sectas y acusaba a los jefes de la nación del apoyo que prestaban a cualquier secta que no fuese la del Loto. Incluso atacó al shōgunato y predijo una invasión extranjera si no se suprimían las otras doctrinas. La secta de Nichiren, en realidad, es conocida generalmente por el nombre de él, como la más militante y la más nacionalista de las sectas budistas. A su nombre, que literalmente significa loto del sol, podría dársele el significado de «budismo japonés». Extremadamente nacionalista en su pensamiento, expresaba con frecuencia la convicción de que el Japón era la tierra de los kami y que el budismo japonés era el único budismo verdadero.

Es interesante señalar, como ha hecho el profesor Reischauer, que el budismo popular de la época de Kamakura había llegado a parecerse al cristianismo en algunos aspectos, tales como la impotencia atribuida a una sola divinidad salvadora (Amida), la descripción del paraíso, del infierno y del estrecho camino que lleva a la salvación, la insistencia sobre la necesidad de la fe, el despliegue del celo religioso en la predicación y en los cantos públicos y en otras muchas formas de vulgarización ya mencionadas. Las tres sectas populares dieron origen también a la formación de congregaciones religiosas que se convirtieron

en importantes órganos de vida intelectual y cultural de las clases inferiores en los siglos siguientes. Con el paso del tiempo, algunas de éstas, especialmente los grupos Ikō, se organizaron políticamente y actuaron como centros de autodefensa y de autogobierno frente a la autoridad superior. Durante el siglo xv, las comunidades Ikō, bajo el mando de jefes sacerdotales, se apoderaron del control de las dos provincias de Kaga y de Noto y las administraron a lo largo de casi un siglo. Y en el xvi, el gran castillo-templo de Osaka resistió los ataques de los más poderosos ejércitos feudales durante más de una década.

Pero aunque las sectas de la nueva fe ganaban popularidad, sería erróneo creer que las sectas más antiguas estaban totalmente moribundas. En realidad, sobre todo entre las órdenes Tendai y Shingon, tuvieron lugar un despertar y una contrarreforma de considerable importancia; los templos de las secciones locales de estas órdenes se convirtieron también en centros de obras educativas y de caridad. El período inicial Kamakura, desde 1185 hasta los primeros años del siglo xiii, asistió a un esfuerzo de amplitud nacional encaminado a reconstituir el Tōdaiji de Nara, que había sido destruido durante la guerra Gempei. Se recaudaron muchos fondos, y Yoritomo presió la máxima ayuda a la empresa. El interés que de ello resultó por la arquitectura del templo y por la escultura budista condujo al desarrollo de un renacimiento «neoclásico» de considerable vitalidad.

En cierto modo, la difusión de un nuevo movimiento sectario en la época de Kamakura, concretamente el Zen, sirvió de puente entre las nuevas sectas populares y las órdenes monásticas más antiguas. La escuela meditativa del budismo había sido conocida en el Japón desde el siglo vii, pero sólo en el siglo xiii los renovados contactos con China animaron a dos sacerdotes Tendai a crear sectas Zen separadas, al margen de las órdenes tradicionales. Eisai (1141-1215) se trasladó dos veces a China y, tras su regreso en 1191, comenzó su defensa de las prácticas Zen, fundando la secta Rinzaï, en oposición a la autoridad Tendai. Su discípulo, Dōgen (1200-1253), fundó la secta Sōjō del Zen a su regreso de China en el año 1227. Eisai, como Hōnen, fue expulsado de Kyōto por sus ideas, pero, al contrario que Hōnen, se trasladó a Kamakura y buscó la protección del nuevo gobierno militar. Así se iniciaron las estrechas relaciones entre el shōgunato y la orden monástica Zen. De vuelta en Kyōto con el respaldo de Kamakura, Eisai fundó el Kenninji, el primer templo exclusivamente dedicado a las prácticas Zen, y comenzó un movimiento que desembocaría

en la creación de los Cinco Templos Oficiales (Gozan) en Kyōto y en Kamakura, y en la difusión del Zen sectario por todo el Japón.

El Zen fue también una secta reformista, al rechazar el ritualismo y el escolasticismo de las sectas más antiguas. El propósito de la meditación Zen consistía en retornar a la experiencia original del Buda por medio de la experiencia personal de la iluminación (*atori*). Para alcanzar la iluminación, los devotos del Zen tenían que sufrir una rígida disciplina espiritual y física, que hacía hincapié en la meditación (*zazen*) y en el estudio de problemas intelectualmente insolubles (*koān*), siendo este último un medio de perturbar la confianza del individuo en el proceso intelectual. Tal vez fue en el Zen donde más claro se presenta el contraste entre el comportamiento cristiano y el budista. Porque, si bien el logro de la iluminación era, en cierta medida, semejante a la «súbita conversión» del cristianismo medieval, sus consecuencias eran menos públicas y sociales. Al individuo iluminado no se le confiaba ninguna misión de utilidad social, sino más bien la capacidad de vivir una vida realmente libre de angustias y de «lazos». Esta cualidad resultó especialmente atractiva para la aristocracia guerrera. Porque si bien el Zen, por medio de la disciplina mental, creaba hombres que tenían un autoconocimiento y una autoconfianza, producía también hombres de acción y de fuerte carácter.

Aunque el Zen era antihierárquico en sus premisas religiosas, no preconizaba el apartamiento del mundo real de la acción o de las artes y de las letras. En realidad, el clero Zen y la institución monástica Zen desempeñaron un papel importantísimo en el estímulo de la cultura superior durante el final del período de Kamakura y en los siglos siguientes. Los monasterios Zen estaban situados cerca de las ciudades de Kyōto y de Kamakura y en los más importantes centros provinciales, pero, al contrario que las sectas de Nara, se mantenían distanciados de los asuntos políticos. Los templos Zen continuaban siendo utilizables por la aristocracia guerrera, pero permanecían al margen de sus asuntos, y adoptaban el nombre de colinas para indicar su retiro de la naturaleza. Pero fueron los monasterios Zen los que especialmente sirvieron como refugio del saber y del arte en el mundo de los *bushi*, y era al clero Zen al que los *bushi* se retiraban. La unión entre el Zen y los regentes Hōjō fue particularmente estrecha. Los sacerdotes Zen eran utilizados como amanuenses, educadores y consejeros por los Hōjō, a la vez que los propios regentes se convertían en miembros laicos de la secta, confiando en su disciplina como fuente de energía espiritual. Hōjō Tokimune, que tan vigorosamente resistió a los

mongoles, suele aparecer retratado con sus hábitos sacerdotales del Zen.

La institución de la red de templos Zen protegidos en Kyōto y en Kamakura, juntamente con la difusión de sectas populares y el renacimiento de las órdenes tradicionales, supuso un enorme incremento en la actividad budista en el Japón y en el papel de la religión en la vida del pueblo japonés. Otra vez surge la comparación con Europa. El budismo en el Japón feudal ocupaba un puesto semejante al de la iglesia cristiana en Europa, como conciencia de la sociedad y como refugio frente a un mundo en guerra. Pero las relaciones de las instituciones religiosas con el estado seguían siendo totalmente distintas en el seno de las dos culturas. Las sectas budistas podían contribuir acrecentando su riqueza y, hasta cierto punto, hacerse políticamente poderosas, pero no alcanzaban ninguna posición fuera del orden político desde la cual pudiesen influir en el comportamiento del estado. El budismo no consagraba al soberano en el Japón, y ningún papa lejano trataba de intervenir en las decisiones estatales, ni en Kyōto, ni en Kamakura. El estado continuaba dominando las instituciones religiosas más plenamente en el Japón que en Europa.

Pero la religión era, evidentemente, la influencia dominante en las más altas conquistas culturales de la época. En literatura, en arte y en arquitectura, el budismo facilitaba el contenido, y muy frecuentemente el creador pertenecía al clero. Producto característico de la corte de Kyōto fue el *Hōjōki* (*Libro de una pequeña cabaña*), por el sacerdote del Shinto, Kamononagaakira (1155-1216?), que desde su posición de eremita religioso, a la que se había retirado, recuerda la sociedad cortesana. En el *Tsurezure gusa* (*Apuntes ociosos*), de Yoshida-no-Kenkō (1282-1350), celebrado poeta y funcionario de la corte que se retiró al sacerdocio budista, escribió sus melancólicas reflexiones sobre la vanidad de la vida aristocrática. Un género característico de la sociedad *bushi* fue el de los relatos de batallas (*gunki monogatari*), donde los mensajes didácticos de inspiración budista se insertaban en narraciones dramáticas que describían las hazañas bélicas de la clase guerrera. Los *Heike Monogatari* (*Relatos de la familia Hei*), creados a comienzos del siglo XIII, fue la más famosa de aquellas obras. Hablaba de la lucha entre los Taira y los Minamoto, y especialmente de la derrota final de los Taira. Los *Heike Monogatari* constituyeron una fuente de tramas para posteriores escritores japoneses, pero su mayor importancia en la época en que fueron escritos consistía en su infraestructura de comentario budista acerca del comportamiento de la clase guerrera.

Durante unos cien años, aproximadamente, después de la fundación del shogunato de Kamakura, los sistemas de autoridad civil y militar se reforzaron entre sí en el Japón para dar al país una cómoda estabilidad política. Sin embargo, a comienzos del siglo XIV había signos intranquilizadores de perturbación política y de inquietud social. En Kyōto, la corte estaba cada vez más dividida en facciones cuyas querrelas parecían intensificarse, a medida que los ingresos procedentes de las propiedades civiles comenzaban a disminuir. En 1259 la costumbre de la primogenitura en la sucesión imperial fue quebrantada, y la línea imperial se dividió en dos ramas rivales: los «senior» o Jimyōin y los «junior» o Daikakuji. En 1290 los Hōjō trataron de imponer entre ellos un precario compromiso de sucesión alternada. Mientras tanto, la casa Fujiwara se había escindido en cinco ramas (*gosekke*) en 1252, de modo que también el puesto de regente imperial era ocupado por turno.

Kamakura no estaba menos desgarrada por el faccionalismo. Gentes que durante mucho tiempo habían sido vasallas del Shōgun y que habían contribuido a extender sus poderes, en competencia con los Hōjō, expresaban abiertamente su resentimiento por el modo en que los Hōjō monopolizaban los asuntos del shogunato o repartían entre sí la mayor parte de los gobiernos militares provinciales. La familia Ashikaga, por ejemplo, estratégicamente apoyada a ambos lados de Kamakura, como *shugo* de Mikawa y de Kazusa, había aglutinado a poderosos seguidores en las provincias, lo que les hacía mostrarse cada vez más reacios a la aceptación de las órdenes del *shikken* Hōjō. Familias como la Ashikaga pusieron de manifiesto que, fuera de Kamakura, estaba surgiendo una nueva forma de jefatura militar. La banda *gokenin* original, basada en la lealtad directa al Shōgun, estaba comenzando a desmembrarse por regiones. Y como poderes intermediarios entre Kamakura y las provincias iban surgiendo algunas familias, generalmente de rango *shugo*.

La debilitación del sistema *gokenin* se vio acelerada también por la dispersión de la fuerza independiente de las casas militares menores que actuaban como intendentes de la tierra. La causa era, fundamentalmente, económica, porque, a medida que pasaban las generaciones desde la época de los primeros nombramientos *jitō* y que las familias originarias se escindían en numerosas ramas, lo que en un tiempo fueron grandes patrimonios iban fragmentándose en herencias peligrosamente escasas. A esto hay que añadir el esfuerzo de la defensa contra los

mongoles. Por tanto, a finales del siglo XIII muchos de los «hombres de la casa» del Shōgun encontraban difícil mantenerse al servicio de Kamakura. En lugar de ello, se convirtieron en dependientes del *shugo* local, al cual comenzaron a trasladar su obediencia feudal a cambio de apoyo económico y de protección.

Pero por debajo de la mayoría de los problemas políticos y sociales del Japón del siglo XIV estaba la tensión que iba creándose entre los intereses civiles y militares de los propietarios dentro del *shōen*. El sistema de doble administración de la tierra había sido precario desde el principio, y ahora, en todas las regiones, los *jitō* exigían mayores participaciones en la ganancia del propietario, o para satisfacer sus apetitos económicos, o porque realmente estaban desempeñando la mayor parte del trabajo administrativo en el *shōen*. En el siglo XIV muchas familias cortesanas se habían visto obligadas a dividir su *shōen* materialmente en dos partes (mediante un procedimiento conocido como *shihai-chūbin*), de modo que una mitad pagaba los tributos al propietario de la corte y la otra mitad al *jitō*. Y los cortesanos de Kyōto se quejaban cada vez más de que los independientes militares no les entregaban siquiera las rentas correspondientes a las mitades que legalmente les pertenecían.

El acontecimiento que destruyó el shogunato de Kamakura y que dio paso a un total replantamiento del orden político y económico es conocido en la historia como la Restauración Kemmu. Iniciada en 1331 por el emperador Go-Daigo (reinó desde 1318 hasta 1339), del linaje «junior» o Daikakuji, la restauración fue un anacronismo, tanto como un fracaso. Sin embargo, tendría consecuencias de muy largo alcance. Porque en su afán de impedir al linaje «senior» la vuelta al trono, y soñando con la posibilidad de recuperar los poderes imperiales de los pasados tiempos, Go-Daigo puso en movimiento una cadena de hechos que conduciría no sólo a la destrucción de la familia Hōjō, sino a un replantamiento fundamental de la política del país.

La caída de los Hōjō fue repentina e inesperada. En 1331 Go-Daigo había iniciado una sublevación más bien torpe. Derrotado y capturado por las fuerzas de Kamakura, fue desterrado a la isla de Ōki. Pero desde allí actuó hábilmente para dar publicidad a su causa, y cuando huyó del destierro, en 1332, se encontró al mando de una insurrección de gran envergadura. En torno a él se reunía un gran número de poderosos jefes militares que tenían quejas contra los Hōjō, entre ellos Ashikaga Takauji, que conquistó Kyōto para Go-Daigo, y Nitta

Yoshisada, que destruyó Kamakura y exterminó a la familia Hojo.

Desde 1334 a 1336 Go-Daigo conservó Kyōto y trató de llevar a cabo sus proyectos de restauración del gobierno imperial. Pero aunque inicialmente se le habían unido hombres como Nitta y Ashikaga, las razones de éstos para apoyarle no tenían absolutamente nada que ver con sus últimos objetivos. Desde el principio una profunda diferencia de intereses dividía a los jefes militares y a la corte. Go-Daigo no sólo pretendía restablecer los antiguos órganos del gobierno imperial, sino también alcanzar el control de las instituciones de autoridad militar. Por ello dio el título de Shōgun a su hijo, príncipe Morinaga, y nombró libremente gobernadores militares provinciales a muchos cortesanos. En cambio, las recompensas que concedió a sus seguidores militares fueron muy inferiores a lo que éstos esperaban. En 1335 el desafecto Ashikaga Takauji se rebeló contra Go-Daigo y procedió a crear un nuevo shogunato propio. Tras haber arrebatado Kyōto a Go-Daigo en 1336, proclamó emperador con el nombre de Kōmyō al príncipe Toyohito, de la línea «senior» Jimyōin, para legitimar su propia situación. Dos años después, en 1338, adquirió el título de Shōgun.

El fracaso del intento de restauración de Go-Daigo y la instauración del shogunato de Ashikaga no trajeron inmediatamente la paz al país, porque Go-Daigo y sus seguidores cortesanos se fortificaron en las colinas de Yoshino, desde donde ellos y sus sucesores continuaron proclamando que eran los legítimos soberanos. Durante las seis décadas siguientes, dos líneas de emperadores se disputaron el trono del Japón, y dentro del país en general, la existencia de dos causas imperiales constituyó el pretexto para los grandes combates conocidos como la guerra de las «Dinastías del Norte y del Sur». Los trastornos que comenzaron en 1331 no se resolvieron hasta 1392, y durante aquel tiempo había surgido un nuevo equilibrio de poder político que se inclinaba cada vez más hacia el localismo y la autoridad feudal.

El más importante rasgo del nuevo orden político resultante de las guerras de mediados del siglo XIV se simbolizaba en el hecho de que Kyōto, y no Kamakura, se había convertido en sede del shogunato. La autoridad militar había usurpado ahora totalmente la capital imperial. Se conservaban, desde luego, vestigios del gobierno central imperial. El emperador era considerado todavía como soberano, las provincias conservaban una confusa identidad como subdivisiones administrativas del estado y la ley *shōen* servía de base a la administración de la tierra. Pero aunque las familias cortesanas podían sostener aún

rangos y títulos elevados y reivindicar derechos de propiedad sobre *shōen* lejanos, ahora habían perdido todo el poder político y casi toda la capacidad de intervención en los asuntos administrativos de sus tierras. De ahora en adelante dependían totalmente de los intendentes militares de la tierra para cualquier ingreso que pudiesen recibir de las provincias. Por el contrario, los Shōgun Ashikaga, aunque codiciaban altos rangos y puestos cortesanos, ya no necesitaban de tales nombramientos para justificar su ejercicio de la autoridad. Ahora se reconocía que el Shōgun era el único poder efectivo de la nación y podía dictar órdenes en nombre del emperador.

Es interesante observar que, si bien la definitiva usurpación de la autoridad civil por la militar era probablemente inevitable, el proceso había sido acelerado, intensa e inconscientemente, por el propio Go-Daigo. Porque, en su esfuerzo por restablecer un sistema monárquico de gobierno, reunió la administración civil y la militar siempre que le fue posible. Por ejemplo, no se nombraban gobernadores nobles para las provincias, porque los *shugo* (frecuentemente nobles cortesanos) estaban destinados a ocupar sus puestos y a cumplir tanto sus funciones civiles como las militares. Así, cuando la restauración fracasó, los gobernadores militares heredaron una autoridad mucho mayor.

De un modo muy semejante la familia imperial perdió su posición de fuerza política y económica independiente en la capital. El Departamento de los ex emperadores había sido abolido en 1321, y muchas de las propiedades imperiales habían vuelto al tesoro público, en un esfuerzo por revivir la forma ideal de gobierno centralizado. La familia imperial perdió todas aquellas tierras cuando Go-Daigo fue expulsado de Kyōto. Así comenzó el período de verdaderas dificultades económicas para la familia imperial y para la población *kuge* de Kyōto, que obligaban a la corte, cada vez más intensamente, a depender de la caridad de las casas militares. Conservados vivos sobre todo como símbolos de una cultura cortesana ya pasada, los *kuge* fueron relegados, finalmente, al mismo género de existencia ritual que la familia imperial había aceptado desde hacía mucho tiempo.

A pesar de su conquista de la mayor parte de los derechos superiores del gobierno, el shogunato Ashikaga tuvo, sin embargo, dificultades para el ejercicio de un mando efectivo sobre el país. El colapso del gobierno imperial había destruido la estructura legal e institucional en cuyo seno había actuado el «gobierno militar» durante el período de Kamakura. Los vasa- llos del Shōgun de Kamakura habían sido individualmente débiles, pero habían podido ejercer una influencia nacional a

causa de su posición estratégica dentro de los órganos locales del antiguo sistema imperial. A partir de 1338, el viejo régimen fue destruido y la única autoridad verdadera en el país era la del Shōgun y de su vasallo *shugo*. La hegemonía de los Ashikaga tenía como única base la capacidad del Shōgun de controlar a sus vasallos mediante la fuerza y a través del sistema de alianzas feudales. La familia Ashikaga, aunque superior en riqueza y en recursos militares a cualquiera de sus vasallos, no era, sin embargo, suficientemente poderosa para dominar por sí sola el país. Porque las casas militares que servían al Shōgun como vasallas eran, a su vez, las que ejercían unas hegemonías regionales que implicaban un poder muy considerable. El equilibrio de fuerza entre el Shōgun y las casas de los *shugo* vasallos fue, desde el principio, muy delicado. El shogunato Ashikaga, por tanto, adoptó la forma de una difícil alianza de poderosas casas militares sobre las que el Shōgun no solía tener más que un ligero predominio.

Sin embargo, de cuando en cuando los Shōgun Ashikaga lograban constituir una coalición que mantenía la paz durante un cierto número de décadas consecutivas. El más notable de estos períodos comenzó en 1392, durante la última parte de la vida de Yoshimitsu (1358-1408), el tercer Shōgun, y duró cincuenta años más bajo sus dos sucesores. En 1392, la corte meridional había capitulado, el Kyūshū había sido pacificado y algunos *shugo* recalcitrantes, como los Yamana, habían hecho su paz con los Ashikaga. Yoshimitsu, más que cualquier otro jefe de la casa Ashikaga, pudo actuar como señor absoluto del país. En esta época es cuando la estructura política del shogunato aparece en su más completa forma.

Tal vez la virtud más destacada del sistema de gobierno Ashikaga se debiese al papel desempeñado en él por los *shugo*, que eran, a la vez, altos funcionarios del gobierno central y gobernadores militares locales. Los órganos centrales del *bakufu*, al estar regidos por los grandes vasallos del Shōgun, se convirtieron también, inevitablemente, en unidades del equilibrio de poder de los Ashikaga. El más importante de los cargos centrales era el de administrador jefe (*Kanrei*), asignado, por lo general, a uno de los tres más poderosos vasallos del Shōgun: los Shiba, los Hatakeyama y los Hosokawa. Como grupo, estas tres familias, que recibían el nombre de *sankin*, gozaban de un importante poder político entre los vasallos de los Ashikaga. Formaban así una línea interna de apoyo al Shōgun, de modo que cuando actuaban juntos le daban el respaldo necesario para dominar al resto de sus vasallos.

Después del *kanrei*, el cargo más importante era el de jefe

(*Shoshi*) del Departamento de los Samurái (*Samurai-dokoro*). Generalmente, el *Shoshi* era elegido de una de cuatro familias (Yamana, Isshiki, Akamatsu y Kyōgoku) y tenía la responsabilidad de los planes militares, de la disciplina y de la protección policial. Actuaba también como *shugo* de la provincia natal de Yamashiro y mantenía las guardias armadas del Shōgun en Kyōto. Estas cuatro familias constituían una segunda línea de apoyo de la casa Ashikaga, y, juntas, se les llamaba las «cuatro *shiki*» (*shishiki*).

El Departamento Administrativo (*Mandokoro*) era ahora fundamentalmente responsable de las finanzas shogunales, mientras el Departamento de los Documentos (*Monchūjo*) funcionaba como secretariado y archivo de documentos catastrales. Un Consejo Judicial (*Hitsusake-shū*) resolvía las disputas, generalmente sobre problemas de la tierra, y decidía las sanciones. La política administrativa general se discutía en el Consejo. Consulivo (*Hyōjōshū*), formado por altos funcionarios. El Shōgun contaba también con un gran número de funcionarios ejecutivos (*bugyō*) que desempeñaban misiones determinadas. Estos solían ser elegidos entre los dependientes de su propia casa más bien que entre los *shugo*.

Otro rasgo especial del sistema Ashikaga era el número de delegados regionales que representaban la autoridad del Shōgun fuera de Kyōto. El cargo de gobernador general del Kantō (*Kantō kanrei*) residía en Kamakura, de igual modo que los Hōjō habían establecido un delegado en Kyōto. La importancia de este cargo se demuestra por el hecho de que fue asignado, por primera vez, al hijo de Takauji. El gobernador general mantenía el equivalente de un *bakufu* secundario, con su responsabilidad fundamental respecto a las ocho provincias del Kantō. Otros funcionarios delegados se encontraban establecidos en el Kyūshū (*Kyūshū tandai*), en el Japón Central (*Chūgoku tandai*) y en el norte lejano (*Osū y Utsū tandai*). Estos cargos solían asignarse a las familias de los vasallos que servían como *shugo* en aquellas zonas.

En la época de Yoshimitsu, la mayor parte de los *shugo* habían sido elegidos cuidadosamente por el Shōgun y eran considerados dignos de confianza. En realidad, la mayoría estaba formada por parientes de la familia Ashikaga. Aunque llevaban apellidos totalmente distintos, todos eran miembros de un grupo de ramas secundonas, conocidas como *ichimon*, «el primer circulo». Los *shugo* restantes, pertenecientes a familias no emparentadas, se denominaban «señores foráneos» (*tozama*). La mayor confianza se depositaba, naturalmente, en los miembros secundones del linaje Ashikaga, y algunas familias como los

Hosokawa, los Shiba, los Hatakeyama, los Isshiki, los Yamana y los Imagawa, que habían seguido a Takauji fuera de Mikawa y de Kazusa, constituían el núcleo de la estructura de poder de los Ashikaga y eran los jefes de los principales órganos de administración shogunal. Los *tozama shugo* eran de dos tipos distintos y, en consecuencia, recibían distintos tratamientos. Los que estaban muy distantes de Kyōto, como los Shimazu y los Orono, habían sido confirmados, sencillamente, en los territorios que habían ocupado desde hacía mucho tiempo. Conservaban así una amplia esfera de independencia, pero estaban casi totalmente excluidos de los asuntos shogunales. Los que poseían provincias próximas a la capital, como los Kyōgoku, los Rokkaku, los Akamatsu, los Toki y los Uchi, habían acudido a apoyar a Ashikaga Takauji al comienzo de su carrera y eran considerados más dignos de confianza. Por consiguiente, se les asignaban cargos de responsabilidad dentro del *bakufu*.

A finales del siglo XIV, los *shugo* se habían convertido en verdaderos soberanos regionales, porque, en efecto, habían conquistado la posesión de los poderes combinados de los gobernadores civiles (*kokushū*), de los gobernadores militares (*shugo*) y de los intendentes militares de la tierra (*jitō*). Las jurisdicciones *shugo* se denominaban *kankoku* o *bankoku* («provincias», en las que se reflejaba el concepto de gobernación en propiedad del último período Heian). Los incrementados poderes de los *shugo* no eran arbitrarios, y, en la mayoría de los casos, encontraban su justificación en las instituciones legales de los Ashikaga, cuyos decretos les conferían explícitamente nuevos derechos para la persecución de los criminales y para la solución de las disputas sobre la tierra. Estos dos derechos autorizaban la entrada de los *shugo* en las tierras de los propietarios civiles y militares. Los gobernadores provinciales absorbieron los poderes de supervisión sobre los templos y sobre los santuarios, así como la facultad de llevar a cabo inspecciones sobre la tierra. Dentro de la esfera de la autoridad militar, los *shugo* también confirmaban ahora las posesiones de los *jitō*, o más probablemente absorbían las funciones de intendencia, bajo su mando. El servicio militar se reclutaba ahora en nombre de los *shugo*, que así se convertían en comandantes de las unidades militares locales. Los ejércitos del Shōgun, por lo tanto, estaban formados por distintos contingentes mandados por los *shugo*. Cuando los *shugo* obtuvieron la facultad de distribuir las tierras conquistadas en la guerra o que habían quedado vacantes a consecuencia de una acción militar, su independencia local fue casi completa.

Los avances de los *shugo* en la conquista de los derechos

fiscales y de propiedad en el marco local habían sido facilitados, en gran medida, por una costumbre denominada *hanzei*, o derechos sobre la mitad. Legalizada por Ashikaga Takauji en los primeros tiempos de su carrera hacia el poder, aquella costumbre permitía a los *shugo* retener «para fines militares» la mitad de los beneficios de los *shōen* destinados a los propietarios ausentes. Esto era, naturalmente, un duro golpe para las familias cortesanas, la mayor parte de las cuales había perdido ya la mitad de sus tierras en favor de los *jitō*. Pero más importante era el hecho de que los derechos *hanzei* fuesen ejercidos por los *shugo*, y no por los *jitō*, bajo el sistema de división *shinjit-chūbun*. Esto significaba que los gobernadores militares provinciales adquirirían automáticamente derechos fiscales en todos los *shōen* no militares dentro de la zona en que ellos tenían jurisdicción. Los *shugo* iban convirtiéndose, cada vez más, en los verdaderos señores del campo, y se transformaban en lo que los historiadores japoneses han llamado *shugo-daimyō*, es decir, autócratas regionales con amplias posesiones territoriales.

Pero, tras haber señalado el poder creciente de los gobernadores militares de los Ashikaga, es también necesario comprender los problemas especiales y las dificultades con que se vieron obligados a enfrentarse. Las unidades de la jurisdicción *shugo* eran las provincias; en otras palabras, divisiones territoriales del estado, sobre las que, en teoría, ejercían ciertos poderes legales que les habían sido conferidos por el Shōgun. En la mayoría de los casos, había una gran diferencia entre el poder del *shugo* y su autoridad jurisdiccional. En realidad, el sistema imperial había caducado ya, pero el sistema de lealtades militares y de controles feudales no había alcanzado todavía su plena madurez. Además, en la provincia que se le asignaba, el *shugo* poseía solamente una porción de la tierra en propiedad directa, y, frecuentemente, sus propiedades más importantes se encontraban en otra parte, dentro de alguna otra provincia. Y tampoco todas las familias de su territorio jurisdiccional le habían jurado lealtad. Así, el *shugo* estaba obligado, le gustase o no, a contar con el apoyo del Shōgun para los asuntos locales, y fue esta necesidad la que le obligó a intervenir en la política del shogunato Ashikaga. Este conflicto entre los intereses centrales y los locales acabaría provocando la desaparición de las grandes casas *shugo*. Porque, a medida que dedicaban una atención cada vez mayor a los asuntos de Kyōto, se enfrentaban con el peligro de perder el contacto con sus provincias. Pero esto no había de convertirse en un problema

grave durante un siglo más, aproximadamente, hasta la época de la guerra Onin, que comenzó en 1467.

A lo largo de toda la historia política de los Ashikaga, por lo tanto, perduró el constante conflicto entre el poder feudal y los restos del sistema imperial. El carácter transitorio de la política inicial de los Ashikaga aparece claro también en las vidas de los miembros de la aristocracia militar que se reunieron en Kyōto. Empezando por el Shōgun, las grandes familias *shūgo* abandonaron las provincias para establecer su residencia en Kyōto. Allí comenzaron a adoptar el estilo cultural de la antigua nobleza, construyendo palacios, protegiendo templos, visitándose y comportándose a la manera cortesana. En sus formas de vida, los *shūgo* trataron, pues, de poner de manifiesto la nueva situación social que habían conquistado. De todos los Shōgun Ashikaga, Yoshimitsu es el mejor ejemplo de la fusión del estilo de la alta aristocracia con los elementos del poder militar. Tras haber sucedido a su padre como Shōgun a la edad de nueve años, sus primeros años transcurrieron bajo la regencia de Hosokawa Yoriyuki, el *Kamrei*. Estos primeros años fueron tiempos también de constantes luchas militares. En 1379, se enfrentó con éxito a una amenaza de sublevarción de las familias Shiba, Toki y Kyōgoku y desbarató el esfuerzo de la rama de los Ashikaga del Kantō de trasladar de nuevo a Kamakura el principal centro de poder. En 1390, destruyó al rebelde Toki Yasuyuki, *shūgo* de Mino y de Owari; al año siguiente, obligó al turbulento Yamana Ujikyo, *shūgo* de 11 provincias en el Japón Central, a retroceder a las dos provincias de Hōki y de Taijima. En 1392, logró poner fin a la guerra de las dinastías, y, en 1399, derrotó a Uchi Yoshihiro, *shūgo* de seis provincias en el Japón occidental.

Mientras tanto, Yoshimitsu había embarcado para una serie de grandes viajes de inspección por todo el país. En 1388, visitó con gran pompa las provincias del Fuji, aprovechando la ocasión para consolidar su dominio sobre el Kantō. En el mismo año visitó Kongōbuji, el gran monasterio Shingon, al sur de Kyōto. En 1389, se trasladó al santuario de Itsukushima, en la región central del mar Interior. En 1390, se dirigió a las provincias costeras del mar del Japón, visitando en aquel año Echizen, y, en el 1393, Tango. En el mismo año, se trasladó al santuario imperial de Ise. Cada itinerario estaba calculado para identificar a la casa Ashikaga con algún importante símbolo religioso y para impresionar a las familias militares locales con el poder y el prestigio del Shōgun.

Yoshimitsu trabajó constantemente por mejorar también su posición en la corte. Tras haber recibido los títulos de Ministro

del Interior y de Ministro de la Izquierda, en 1394 cedió el cargo de Shōgun a su hijo, a fin de aceptar el puesto de Gran ministro del Estado y más alto rango de la corte. Mediante este movimiento, alcanzó la cumbre de los dos sistemas políticos, el militar y el civil, una condición que él hizo lo más pública posible, adoptando dos monogramas distintos. Amplió considerablemente su propiedad residencial de Kitayama, en los alrededores de Kyōto, y construyó en ella, en 1397, el Pabellón de Oro (el Kinkakuji). Yoshimitsu, después, vivió y obsequió a sus huéspedes con una magnificencia extraordinaria. En ocasiones, montaba a caballo en traje chino, con la ropa ceremonial que había recibido del emperador Ming. Otras veces, recibía al emperador como a su igual. En 1407, Yoshimitsu consiguió hacer nombrar a su propia mujer emperatriz madre, para suceder a la difunta emperatriz Tsūyōmon-in. La celebración de la mayoría de edad de su hijo, en 1408, tuvo lugar en presencia del emperador, como si se tratase de un príncipe de la sangre. Relaciones tan íntimas entre súbdito y soberano no tenían precedente, y, en realidad, nunca volverían a producirse con un despliegue tan pródigo y manifiesto.

Yoshimitsu murió en 1408, y fue sucedido por su hijo y luego por su nieto. Este último murió en 1428, momento en el que la estabilidad del shogunato había sido socavada por el empeoramiento de las condiciones políticas y económicas y por el debilitamiento de la autoridad de los Ashikaga. El sexto Shōgun, Yoshinori (1428-1441), dio muestras de gran vigor. Acomentado por una inquietante querrela en el Kantō, Yoshinori, en 1439, se puso al lado de los Usugi contra Ashikaga Mochiuji, el *kamrei* del Kantō, y ayudó a exterminar la rama de la familia en el Kantō. Tres años después, en 1441, Yoshinori fue asesinado por uno de sus más importantes seguidores, Akamatsu Mitsusuke. *Shūgo* de tres provincias en el Japón Central, Mitsusuke se había sentido demasiado frecuentemente frenado por la mano del Shōgun. Su acción debilitó irremediablemente la influencia de la casa Ashikaga.

Yoshinasa, el octavo Shōgun (reinó desde 1443 hasta 1473), fue un ejemplo evidente de la ineficacia cortesana a que ahora había sido relegado el Shōgun. Mientras él ocupó el cargo, estallaban querrelas regularmente entre sus vasallos, y las bases fiscales del shogunato eran sacudidas por el desorden civil. Entre 1467 y 1477, los grandes *shūgo* se agotaron, luchando en las calles de Kyōto y destruyendo media ciudad. Pero Yoshinasa vivía tranquilamente, como un sacerdote laico, en su propiedad de Higashiyama, un suburbio de Kyōto, emulando a Yoshimitsu, en 1474, mediante la construcción de su Pabellón

de Plata (*Ginkakuji*). Durante los dieciséis años que aún vivió, pues murió en 1490, dedicó toda su atención a las artes y llegó a ser el más importante protector de aquel período, quizá el más creador del florecimiento cultural del Japón de la Edad Media.

IV. DESARROLLO CULTURAL Y CRECIMIENTO ECONOMICO

Uno de los fascinantes y aparentemente paradójicos aspectos de la historia del Japón en los siglos XIV y XV consiste en que, a pesar de la inestabilidad del orden político, el país, en general, dio claras muestras de un notable desarrollo cultural y económico. Contemplados a través de todo el tiempo transcurrido desde entonces, aquellos siglos sobresalen por haber producido las formas artísticas y aclarado los valores estéticos que hasta hoy han sido más admirados por los japoneses. Los mismos siglos vieron al Japón afirmarse como una gran potencia marítima en el Asia Oriental, bajo el impulso de una vigorosa expansión económica interna.

Naturalmente, la paradoja es, en parte, creación de los propios historiadores, que han tendido a exagerar la magnitud destructora del estado de guerra que predominó durante esos siglos, y han estado demasiado inclinados a suponer que la descentralización del poder político era necesariamente perjudicial para el país. Pero la descentralización fue, sin duda, uno de los factores que contribuyeron al desarrollo cultural y económico de aquellos siglos. Porque fue bajo el auspicio de los *shugo* cuando el Japón se convirtió en una economía con numerosos centros y produjo nuevas capitales culturales en las provincias más lejanas.

El florecimiento cultural Ashikaga, con su centro en las residencias del Shōgun en Kyōto, y, en menor medida, en los cuarteles generales provinciales de los *shugo*, era el resultado de tres factores principales: fue un producto de la fusión de las dos estructuras más importantes de la sociedad aristocrática, la civil y la militar; se nutrió de las nuevas influencias procedentes de China, y reflejó la nueva y más amplia función cultural desempeñada por los monasterios Zen. Su importancia histórica se deriva, sobre todo, del hecho de que estaba impregnado de ciertas cualidades universales que sobrevivirían a lo largo de los siglos y continuarían siendo importantes para las posteriores generaciones japonesas. Porque, si bien el período Heian dio origen a un ideal aristocrático más absoluto, el modelo que produjo resultó inasequible en los siglos poste-

riores, pues se basaba en unas fuentes de riqueza, de prestigio y de ocio de las que sólo una nobleza podía disponer. El producto de los Ashikaga no estaba tan específicamente limitado al modo de vida «noble» y contenía elementos humanos comunes, totalmente asequibles a las generaciones posteriores y a todas las clases de la sociedad japonesa.

El traslado del *bakufu* de Kamakura a Kyōto simbolizaba, como hemos señalado, la fusión de los dos niveles de la sociedad aristocrática. Hasta el siglo XIV, los *kuge* habían monopolizado la cultura superior del Japón, e incluso en Kamakura sólo unos pocos componentes de la aristocracia militar habían alcanzado un nivel de vida semejante al de la nobleza. Con la entrada de los *bushi* en la ciudad del emperador y de los Fujiwara, ahora participaban plenamente en la refinada sociedad de la corte. La aristocracia militar Ashikaga adoptó, pues, los modos de vida de los *kuge*, instruyéndose en etiqueta, en poesía, en música y en literatura, y agregando los rituales cortesanos a las ceremonias de sus propias celebraciones.

La nueva influencia china no fue la consecuencia de un silencio resurgimiento del contacto con China. Desde el final del período Heian, el ritmo de comunicación con el continente se había hecho más intenso. Durante el siglo XIII, numerosos sacerdotes hicieron frecuentes viajes entre Japón y China. Los intentos de invasión mongol aceleraron enormemente la construcción de barcos y la capacidad marinera del Japón. Así, en la época de los Ashikaga, y especialmente después del establecimiento de la dinastía Ming, en 1368, comenzaron a llevarse a cabo comunicaciones regulares entre el Japón y China, y entre algunos de los templos Zen de Kyōto y los de la China meridional. El envío de los barcos mercantes de Tenryūji a China, en 1341, la misión del emperador Hung-wu al Japón en 1368, y la aceptación final por parte de Yoshimitsu de la condición de «rey del Japón» tributario del emperador Ming, en 1401, son hitos en el desarrollo de esta comunicación regular. Como consecuencia, los japoneses pudieron volver a tener un conocimiento directo de la civilización china. Pero, mientras en el siglo VII eran las instituciones de gobierno las que atraían la atención de los japoneses, siete siglos después su máximo interés se dirigía hacia la esfera de la religión, de las artes y de la técnica. La influencia china es perceptible en casi todos los aspectos del florecimiento cultural de los Ashikaga. Y, en cierta medida, esto puede explicar las cualidades más eclécticas y universales que dieron a las realizaciones de los Ashikaga su duradera vigencia histórica.

El clero Zen y los grandes monasterios Zen que circundaban

La ciudad de Kyōto fueron indispensables para el mundo cultural de los Shōgun Ashikaga, los cuales protegían la institución Zen, de un modo más constante y con mayor generosidad que los Hōjō, hasta el punto de transformar la secta en una especie de órgano oficial del shogunato. Musō Kokushi (1275-1351) se convirtió en el principal consejero espiritual de Ashikaga Takauji, y él fue quien le sugirió que fundase el monasterio de Tenryūji, en memoria del difunto Go-Daigo. Posteriormente, otros Shōgun tomaron como consejeros a sacerdotes de la secta Rinzaï. En 1386, Yoshimitsu adoptó un sistema de organización oficial para la orden Zen. Los «Cinco Templos» (*Gozan*) fueron distinguidos con una situación especial como templos oficiales. A continuación del gran Nanzenji, que actuaba como cuartel general, se collocaban en orden jerárquico los cinco templos de Kyōto —Tenryūji, Shōkokuji, Kenninji, Tōfukuji y Manjūji— y, los cinco templos de Kamakura —Kenchoji, Engakuji, Jufukuji, Jōchiji y Jōmyōji—. Por debajo del *Gozan*, venían los «Diez Filiales» (*Jissatsu*), que contaban de más de 70 templos provinciales, y, por debajo de éstos, se encontraban unos 200 templos locales. Las filiales provinciales habían sido creadas casi del mismo modo que los Kobunji de la época de Nara, aunque el modelo inmediato, en la práctica, parece que procedía de la China Sung. Llamados «Templos de la Pacificación del Estado» (*Ankokuji*), en realidad se consideraba que tenían influencias protectoras y pacificadoras. El shogunato no sólo apoyaba, sino que también supervisaba la institución Zen, prescribiendo el sistema de rangos y salarios, y colocando el conjunto del sistema bajo el control de un funcionario del *bakufu*.

Los Shōgun Ashikaga utilizaron al clero Zen todavía más que los Hōjō como la rama letrada de su gobierno. En Kyōto, del templo de Shōkokuji era utilizado como centro de relaciones exteriores, en el que se redactaban los documentos diplomáticos y desde el cual se preparaban para salir hacia China los sacerdotes que actuaban como agentes de los Ashikaga. Pero los Shōgun Ashikaga acudían al clero de los *Gozan*, sobre todo, como a consejeros espirituales y compañeros de diversiones estéticas. Aquella confianza en sus consejeros espirituales parece haber sido profundamente religiosa. Takauji, por ejemplo, que había dedicado su vida entera a guerrear y que se había mostrado como un jefe absolutamente carente de escrúpulos, pues había traicionado tanto a los Hōjō como a Go-Daigo, vivía en una atmósfera de considerable inseguridad moral. En sus últimos días, comenzó a temer por su futuro espiritual y se rodeó de sacerdotes Zen, entre ellos Musō Ko-

kushi. Si los regentes Hōjō utilizaron el Zen para conseguir la fuerza que les era necesaria para afrontar los problemas reales, los Shōgun Ashikaga se adhirieron al Zen con un espíritu de misticismo y de evasión. Después de Yoshinori, los jefes de la casa Ashikaga se retiraban cada vez más a la soledad de la vida semi-sacerdotal, aislándose de las poco gratas realidades que les rodeaban.

Los dos puntos culminantes del florecimiento cultural de los Ashikaga se alcanzaron bajo el patrocinio de los Shōgun tercero y octavo, Yoshimitsu y Yoshimasa. Los años de retiro de Yoshimitsu a su villa han dado el nombre de *Kiamaya* (*Colinas Septentrionales*) al primero de estos puntos culminantes, y la posición de la villa de Yoshimasa ha dado el nombre de *Higashiyama* (*Colinas Orientales*) al segundo. Estos dos hombres constituyeron la expresión gráfica de las opuestas cualidades del mecenazgo shogunal de las artes, de igual modo que sus villas simbolizaron todo el orden de cualidades estéticas admiradas en la época. Yoshimitsu, el afortunado gobernante, vivió en el lujo y en la ostentación. Su monumento era el *Kinkakuji*, un pabellón recubierto de oro y rodeado por un espacioso estanque y por un parque de ciervos. Allí colleccionaba objetos artísticos procedentes de todo el mundo, daba espléndidas recepciones, animadas con bailes y representaciones teatrales. Sus gustos eran eclécticos, y gustaba de lo pintoresco y exótico. Sin embargo, a pesar de su ostentación y de su afán de novedades, Yoshimitsu y sus seguidores eran hombres de gusto disciplinado. Independientemente de su esplendor, el *Kinkakuji* había sido proyectado para su emplazamiento en un ambiente natural.

Yoshimasa, que vivió en los últimos años del poder shogunal, y que era un hombre débil, tanto física como moralmente, formó a su alrededor, como compensación de la desesperanza de la época, un sofisticado cenáculo de sacerdotes y de artistas que desarrollaron, en conjunto, un gusto por la artes, altamente refinado. Su monumento, el *Ginkakuji*, expresa la cualidad mística que los conocedores de la época buscaban en todas las artes. El esfuerzo por encontrar un «significado interior» en la naturaleza y en las creaciones artísticas del hombre era una consecuencia de la condición profundamente introspectiva del budismo Zen.

Entre las dos expresiones de la cultura Ashikaga, vemos la feliz coincidencia de la motivación estética y del gusto que combinaba la elegancia de la nobleza, el vigor de los *bushi* y la profundidad de la vida monástica Zen. Este síndrome de sensibilidades alcanzó su expresión en un vocabulario estético

que ha perdurado hasta los tiempos modernos como peculiarmente japonés: *yūgen*, el misterio tras las apariencias; *wabi*, el misterio de la soledad, y *sabi*, el misterio del cambio. En conjunto, había un afán de huir de lo realista y de lo obvio, en favor de lo simbólico, de lo sugestivo y de lo profundo.

Entre las artes y los pasatiempos del período de los Ashikaga, tal vez sea fundamental para la comprensión de los otros elementos la ceremonia del té (*Cha-no-yu*). Al comienzo del período Ashikaga, estaba muy en boga entre los miembros de la aristocracia *bushi* tomar el té, como pasatiempo social. Generalmente, esta ceremonia iba acompañada de un notable despliegue de adornos accesorios del té, como tazas de cerámica y recipientes laqueados. En la época de Yoshinasa, en cambio, bajo la influencia del sacerdote Murata Shukō (1422-1502), se convirtió en un pasatiempo estético semi-religioso, en el que un pequeño grupo se reunía en un apacible retiro para tomar el té ritualmente preparado y para gozar de los objetos de arte que decoraban el retiro o que se utilizaban para servir el té. Así, pues, la ceremonia del té llegó a ser un vehículo de difusión de los gustos artísticos en una amplia variedad de campos, tales como la arquitectura, la pintura, la composición floral, la cerámica y la vajilla laqueada.

La arquitectura del período Ashikaga se caracteriza por el empleo de maderas naturales y por la subordinación de la construcción al ambiente natural circundante. Dos influencias parecen haberse combinado para producir un estilo de construcción nacional que sería el precedente directo del estilo nacional moderno. La influencia de la China meridional se pone de manifiesto en los templos de los Gozan, con sus pesados techos sostenidos por pilares oscurecidos y sin pintar y por paredes enlucidas de blanco. El estilo indígena de los palacios se veía en las villas y en los pabellones. El llamado «estilo estudio» (*shoin-zukuri*) popularizó el uso del *tatami* para recubrir todo el suelo, y del *tokonoma* como una sala dedicada a la exhibición de los objetos artísticos. Los dos edificios más famosos de la época son, naturalmente, el Pabellón de Oro y el de Plata. Los dos eran, esencialmente, torres-miradores desde las cuales podían contemplarse los jardines de agua, las rocas y los pinos circundantes. Y los dos habían sido proyectados y realizados con grandes dispendios para reconquistar el mundo de la naturaleza y para sugerir a los espíritus meditativos la relación entre la naturaleza y el hombre. El arte de los jardines a la manera de paisajes avanzó paralelamente con la arquitectura y condujo a la creación de una gran variedad de jardines para la contemplación, muchos de los cuales perdu-

ran todavía en la actualidad. En Saihōji, hay un jardín cuyo suelo está enteramente recubierto de musgo. El jardín de Ryōanji utiliza simplemente arena y rocas para producir la impresión de islas en una vasta extensión de mar. Pero, cualquiera que fuese su extensión o su estilo, los jardines de la época de los Ashikaga observaban el principio de condensar el mundo más amplio en los límites controlados de un espacio a medida del hombre.

El arte más grande del período Ashikaga fue, sin duda alguna, la pintura. Aunque en gran medida derivado del estilo paisajístico chino, el nuevo modo de pintar con tinta respondía perfectamente al estado de ánimo de la época e inspiraba a los pintores japoneses, muchos de ellos sacerdotes Zen, poseedores de una notable maestría técnica y de una fresca imaginación creadora. El nuevo estilo monocromo, conocido como «agua y tinta» (*suiboku*), rehúsa los colores vivos y concedía una gran importancia a la habilidad de la pincelada. En manos de un Sesshū (1420-1506), dio origen a sus esbozos impresionistas «salpicados de tinta» o a sus interpretaciones extremadamente realistas de las montañas cubiertas de nieve y de los valles de su tierra natal.

Una forma artística de un atractivo totalmente diferente y que participaba de la grandiosidad de la vida social de la aristocracia *bushi* era la forma dramática conocida como *no-kjōgen*. *Nō*, o representaciones dramáticas de carácter serio y religioso, y *kyōgen*, o intermedios cómicos, constituían el núcleo de los grandes espectáculos con que el Shōgun y los *shugo* obsequiaban a sus huéspedes. Pero, una vez más, la nueva forma artística no alcanzó su perfección hasta que un cierto número de elementos dramáticos fueron conjuntados por hombres surgidos de las instituciones religiosas de los alrededores de Kyōto. En el período de Kamakura, la tradición coreana de los bailes de máscara y de diversas danzas rituales shintostas y budistas, así como la de las representaciones didácticas, había dado origen a un cierto número de estilos dramáticos, unos serios y otros populares y cómicos. En estas técnicas, se distinguieron especialmente cuatro corporaciones de actores-bailarines adscritos al templo de Kōfukuji, en Nara. A una de estas corporaciones pertenecían Kan'ami (1333-1384), sacerdote shintosta de profesión, y su hijo Seami (1363-1443), que fueron protegidos de Yoshimitsu. Ellos contribuyeron a unificar elementos de danza y de música, que tenían a su disposición, en el *nō* tal como nosotros lo conocemos. La forma dramática resultante fue un drama musical extremadamente estilizado, en el que se combinaban armoniosamente elementos

de música, danza, poesía, trajes y máscaras. Al igual que en el drama griego, con el que ha sido comparado, las máscaras desempeñan un importante papel: no hay decoraciones, y un coro de cantores reanuda frecuentemente el tema de la representación.

Aunque de inspiración fundamentalmente shintóista y amidiata, el *nō* se perfeccionó en la atmósfera de la corte de Yoshimitsu, dominada por el Zen. Por eso constituyó un ejemplo de la combinación de «esplendor utilizado con medidas» que caracterizó el período de Kitayama. Los actores, con sus trajes de brocados de oro y de vivos colores, presentan una imagen de suma elegancia, pero, sobre el escenario desnudo, no dan impresión alguna de suntuosidad. Los textos son líricos y altamente poéticos, y la danza es refinada y bella. Los menajes de las representaciones son estrictamente shintóistas en su evocación de algún *kami* particular, o están profundamente impregnados de compasión amidiata y de la búsqueda de la salvación. La acción es siempre simbólica, y más sugestiva que realista. Esta combinación de elegancia rica y poética y el sentido del misterio constituyen la cualidad más característica del *yūgen* que Seami se esforzaba por alcanzar en sus representaciones. Los mimos *kyūgen*, muchos de los cuales eran caricaturas de la alta sociedad contemporánea *bushi*, constituían un ejemplo de la intrusión de elementos de las clases inferiores en el mundo de la cultura superior. Intercalados entre los números serios de una representación *nō*, servían para aligerar la atmósfera, y, frecuentemente, ironizaban sobre los mismos miembros de la sociedad que eran los principales protectores del *nō*.

No debemos suponer que el Japón permaneciese económicamente estancado durante el período Kamakura, pero es en los primeros años del período de los Ashikaga cuando la atención es atraída, una vez más, por la evidencia de un espectacular crecimiento económico del Japón. Los claros signos de una producción en expansión, conducente a una nueva actividad comercial, comienzan con progresos en el campo de la agricultura. Bajo el estímulo de los jefes militares regionales, los agricultores japoneses empezaron a adoptar un cierto número de mejoras técnicas. Mejores herramientas agrícolas, nuevos productos como la soja y el té, y el mayor empleo de anti-males de tiro cambiaron notablemente el carácter de la técnica agrícola. Las nuevas obras de riegos y un mejor control de los ríos contribuyeron a incrementar las zonas de cultivo, de modo que, en muchas regiones, la producción agrícola se duplicó literalmente. Los cultivos comerciales y la producción arte-

sana se hicieron también posibles en una base más amplia, de modo que los artículos, que antes se producían sólo para el consumo local o para el uso familiar de los propietarios *shōen*, se introdujeron en un mercado más amplio que entonces comenzaba a surgir. Seda natural, cáñamo, algodón, papel, materias colorantes, laca, aceites vegetales y muchos otros productos secundarios de la economía aldeana se producían ahora con exceso, para la venta al público.

La especialización de oficios en la aldea o en el *shōen* dio origen también a nuevos grupos de artesanos. Carpinteros, constructores de tejados de paja, alfareros, herreros, tejedores y cerveceros abandonaron sus posiciones dentro del *shōen* como especialistas por horas en la comunidad agraria. Cada vez más frecuentemente, formaban organizaciones propias que les ofrecían protección en su especialización elegida. Como es sabido, algunas organizaciones de corporaciones conocidas como *za* se iniciaron a mediados del siglo XIII, cuando los Hōjō suprimieron ciertos barrios comerciales de Kamakura y trasladaron a los artesanos y a los comerciantes a determinadas localidades. Durante el siglo XV, las *za* proliferaron enormemente y desarrollaron un modelo de organización notablemente semejante al de ciertas cooperaciones medievales europeas. Constanaban de un número de socios limitado, formado por comunidades de comerciantes y de artesanos que pretendían derechos de monopolio para la venta o para la manufactura de determinadas mercancías. Estos derechos, además de una cierta protección, estaban garantizados por un patrocinador (conocido como el *hon'ōho*), que podía ser un gran templo, un santuario o una familia noble. En una época en que la protección legal era, en realidad, de poca importancia, aquel sistema cuya fuerza radicaba en el número y en la vinculación con un patrocinador se convirtió en la principal seguridad de los grupos comerciales y artesanos. Las *za* tendían a aglutinarse en torno a las prestigiosas instituciones de Kyōto, de Nara y de Kamakura. Con la aparición de los grandes *shūgo*, surgieron también *za* de base provincial, con protectores locales. Las *za* comerciales, al especializarse en determinadas mercancías o en productos locales, constituyeron la primera amplia red de distribución comercial basada en una economía de mercado. Se utilizaron en mayor medida las líneas marítimas y los servicios de caballos de tiro, antes más bien limitados a algunos *shōen* para la recaudación de impuestos.

Un indicio importante del crecimiento de la economía comercial fue el empleo cada vez mayor de las monedas como sistema de valor y de intercambio. Como el gobierno japonés

había renunciado, desde hacía mucho tiempo, a la acuñación de monedas, el nuevo dinero circulante estaba constituido, principalmente, por dinero importado de China. Mientras el oro y la plata se utilizaban al peso y sin acuñar. El dinero se convirtió en una necesidad, cuando los límites de una economía de trueque se ampliaron y las mercancías se compraban a grandes distancias. También los impuestos entre los campesinos se recaudaban cada vez más en moneda, de tal modo que, en el siglo xvi, los señores feudales valoraban sus feudos en sarras de dinero contante (*kam*), más bien que en medidas de arroz.

El uso del dinero, tanto por los agricultores como por los propietarios feudales, requería la conversión del producto en moneda contante, y esto dio a la creación de grupos de cambistas y de prestamistas, utilizados por las clases de los mercaderes y de los campesinos. Los dos tipos más corrientes eran los usureros locales, generalmente tenderos o fabricantes de *sake* de la aldea, y los mercaderes de las grandes ciudades que a menudo se especializaban en transacciones financieras con las autoridades feudales. En aquel tiempo, también los templos cumplían una función importante, pues tenían la posibilidad de acumular reservas, así como el prestigio y la autoridad morales necesarias para exigir la restitución de los préstamos. Los grandes templos, cuyos cuarteles generales se encontraban en Kyōto y en Kamakura, así como sus muchas filiales de las provincias, pudieron incluso desarrollar sistemas de cartas de crédito y otros medios para facilitar el movimiento de grandes sumas de dinero.

El incremento del comercio, del que la difusión del dinero era un síntoma, trajo consigo un buen número de consecuencias importantes. La riqueza, por ejemplo, ya no estaba ligada solamente a la tierra, sino que podía ser acumulada de otros modos y atesorada en forma de metales preciosos o de mercancías. Una clase de mercaderes, que se congregaba en unos pocos centros administrativos y comerciales importantes, podía ya establecerse como una clase rica, al margen de los límites de la sociedad aristocrática. Pero también las familias aristocráticas y los templos sacaban provecho de la asociación con el comercio y con la usura. Las *za* eran una fuente de beneficio para sus protectores, mientras las autoridades territoriales podían imponer derechos de peaje o tributos sobre la actividad comercial dentro de sus esferas de control. El Shōgun y los *shugo* no tardaron en abrir fuentes de ingresos a costa del comercio exterior y del monopolio nacional. Y así fue como surgió una estrecha asociación entre la autoridad feudal y la actividad mercantil.

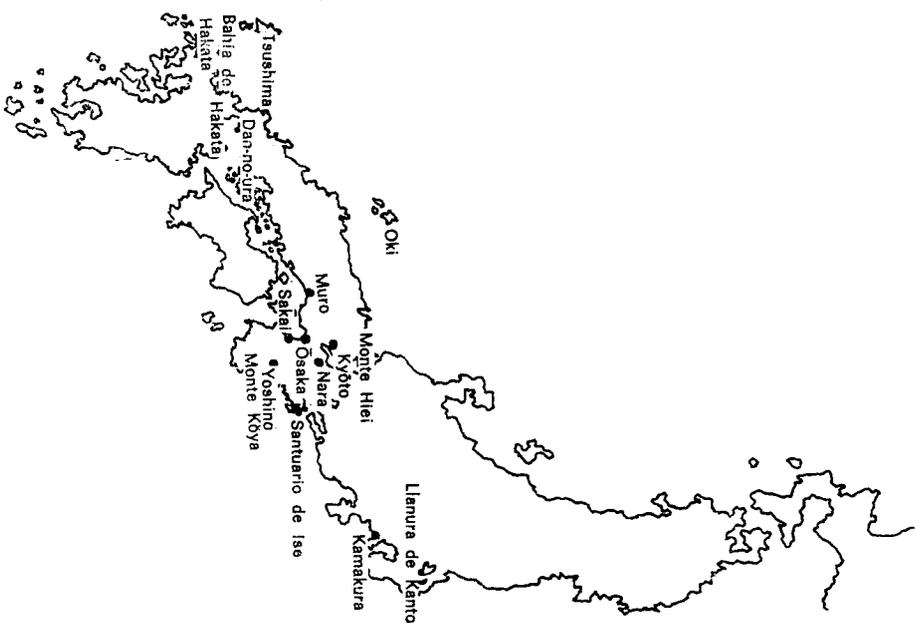


Fig. 3. El Japón en la Edad Media.

En Japón, al igual que en Europa, el desarrollo de las clases comercial y trabajadora se caracterizó por la aparición de nuevos centros y ciudades que se enfrentaban, por sus funciones principales, con los anteriores centros administrativos. A lo largo de todo el período Kamakura, sólo existían las tres concentraciones urbanas importantes de Kyoto, Nara y Kamakura; en la época de los Ashikaga, habían surgido numerosas ciudades provinciales, y, además, en torno a algunos templos y santuarios, así como en los puertos y en los lugares de mercado más importantes, se habían desarrollado grandes comunidades. Estas, al apartarse de la presencia directa del poder feudal o del religioso, lograron alcanzar un cierto grado de autogobierno y de autonomía política. Por ejemplo, los comerciantes de Sakai, Hakata, Ōtsu, Ujiyama y Muro formaron comunidades comerciales independientes. Sakai organizó incluso su propia protección militar y colocó su gobierno bajo un consejo de 36 ciudadanos de edad avanzada. Pero el paralelo con Europa no debe llevarse más allá. La independencia de los comerciantes no se desarrolló dentro de la esfera de la autoridad feudal para facilitar la base de una clase comercial con privilegios especiales y con representación en el gobierno shōgunal o entre los *shugo*. El sector comercial continuaba sin desarrollarse y dependiendo del apoyo feudal, de modo que, en el siglo XVI, fue fácilmente sometido al firme control de la autoridad militar.

Uno de los problemas con que se enfrentó la nueva clase comercial, en su esfuerzo por crear su propia base económica, fue la dificultad de introducirse en el comercio con el continente desde su posición aislada en los confines del Asia Oriental. Sin duda alguna, la expansión del comercio con el continente fue uno de los más notables progresos de los siglos XIV y XV, pero, en comparación con las oportunidades ofrecidas a los mercaderes italianos de la época o a los portugueses e ingleses de épocas posteriores, los comerciantes japoneses se encontraban en grave desventaja. En efecto, durante muchos siglos, la distancia marítima que separaba al Japón del continente había sido cubierto, sobre todo, por marneros coreanos y chinos, y por barcos chinos y coreanos. Fue necesaria la amenaza mongol para obligar a los japoneses a desarrollar su propia marina mercante. Y fue, sobre todo, en las décadas siguientes a las invasiones mongoles cuando un gran número de comunidades japonesas de la costa, en su mayor parte establecidas en el mar Interior y en el Kyūshū, comenzaron a aventurarse en los mares de China. Los comienzos del siglo XIV vieron a los japoneses empeñados en una especie de comercio pirata, mezclado con el saqueo de las costas y con el pillaje.

que ganaron para los barcos japoneses el nombre de Wakō (piratas japoneses). Esto, a su vez, era un reflejo de las prácticas comerciales generalmente poco desarrolladas en el Asia Oriental, donde las autoridades, sobre todo en Corea y en China, solían considerar el comercio como indeseable, y, en consecuencia, pretendían suprimirlo o restringirlo drásticamente. En el momento de la instauración del shōgunato de los Ashikaga, los diversos grupos políticos y religiosos del Japón habían aprendido a estimar las ganancias que podían alcanzarse por medio del comercio, y, por lo tanto, comprendieron la importancia que tenía el someter aquella actividad pirática a alguna forma de control. El Shōgun y otros grupos de Kyōto no tardaron en emprender un comercio garantizado con China, y, al mismo tiempo, se esforzaron por controlar todo el comercio exterior mediante un sistema de licencias oficiales. La «alianza» entre los intereses feudales y los mercantiles que en aquel momento se desarrolló era tan deseada por los comerciantes que carecían de capital y estaban necesitados de protección, como impuesta por las autoridades feudales.

Hasta qué punto las autoridades Ashikaga y los *shugo* lograron ejercer su control sobre los Wakō es una cuestión discutible, pero el desarrollo del comercio oficial con China está bien probado. En 1341, Ashikaga Takauji se dejó persuadir de que enviase un barco mercante oficial a China y de que dedicase el beneficio de tal operación a la construcción del Tenryūji. Después siguieron otros «barcos Tenryūji», y otros monasterios de la zona de Kyoto se unieron a los mercaderes de Sakai para entrar en el comercio con China. Mientras tanto, el primer emperador Ming, Hung-wu, en 1373, mandaba como enviados al Japón a dos monjes, solicitando el cese de las actividades de los Wakō. El Shōgun Yoshimitsu no podía hacer nada, en aquel momento. Pero, a partir de 1392, cuando el emperador Yung-lo renovó la presión sobre los japoneses, Yoshimitsu sucumbió a las consideraciones de la ganancia y entró en un acuerdo tributario con China. En 1401, envió una misión a China, prometiendo su esfuerzo a fin de controlar a los Wakō. La misión regresó en 1402, con la investidura de Yoshimitsu como «Rey del Japón» y subditos de los Ming. En 1404, se llegó a un acuerdo que establecía un «comercio a crédito» oficial con China. Yoshimitsu ha sido severamente criticado por los historiadores japoneses, con motivo de su sometimiento a China y de su consiguiente desprecio del honor nacional del Japón. Pero los beneficios comerciales fueron enormes, y los sacerdotes que actuaron de intermediarios

entre la corte de los Ashikaga y la capital de los Ming suavizaron los problemas de honor del Shōgun japonés.

Aunque el acuerdo de 1404 estipulaba sólo una misión mercantil oficial en diez años, entre 1404 y 1410 se registraron seis viajes. En este último año, el Shōgun Yoshimochi rompió el acuerdo con China por razones de honor. Pero, posteriormente, con la ascensión al trono del nuevo emperador Ming, en 1425, y con la muerte de Yoshimochi, en 1428, se reanudaron las negociaciones, y se alcanzó, finalmente, un acuerdo comercial más liberal. El comercio volvió a iniciarse en 1432, bajo un acuerdo mediante el cual podían enviarse cada diez años embajadas oficiales compuestas por varios barcos. La misión de 1454, por ejemplo, constaba de diez barcos: tres «barcos Tenryūji» patrocinados por los Ashikaga, dos «barcos Ise» por la familia imperial, uno por el gobernador general del Kyūshū, uno por cada una de las familias Shimazu, Otomo y Onchi, y uno por el templo Tonomine de Yamato. Tras esta relación de patrocinadores, se hallaba, sin embargo, la actividad de los mercaderes de Sakai y de Hakata, que suministraban los barcos y participaban de los beneficios.

Es de toda evidencia que este comercio era inmensamente provechoso. Sabemos que, a medida que las rentas de la tierra del shōgunato y de la corte imperial se agotaban o se interceptaban en sus propias fuentes, los beneficios comerciales iban siendo, cada vez más, el apoyo principal de la aristocracia de Kyōto. El comercio es también muy revelador acerca del estado de la economía japonesa. Las exportaciones a China consistían ahora en mercancías en serie y productos trabajados tales como cobre refinado, azufre, abanicos plegables, biombo, rollos pintados y, sobre todo, espadas. Una sola misión llevaba a China decenas de miles de espadas de acero japonés. A su regreso, los barcos japoneses volvían con sargas de dinero contante (50.000 sargas en 1453), seda natural, porcelanas, pinturas, medicinas y libros. Todo esto demostraba que el Japón ya no era una parte subdesarrollada en el conjunto del mundo chino. En realidad, el limitado comercio permitido por una China recelosa acabaría resultando excesivamente restrictivo para los japoneses. Con posterioridad a 1551, el comercio a crédito se interrumpió, y los comerciantes japoneses, en número limitado, comenzaron a pulular en los mares de China, encontrándose entonces en competencia con los comerciantes europeos, recientemente llegados.

V. LA ASCENSION DE LOS SENGOKU-DAIMYŌ

Una disputa por la sucesión shōgunal, seguida de un conflicto entre las casas Hosokawa y Yamana, estalló en una abierta acción militar en la ciudad de Kyōto, en el año 1467. El Shōgun Yoshimasa, incapaz de dominar a sus dos grandes vasallos, recurrió a los otros *shugo* para poner fin al conflicto. Como resultado de ello, todos los seguidores de los Ashikaga se dividieron en dos facciones rivales y se enredaron en una dura y prolongada guerra, de once años de duración. Por la parte de los Hosokawa, se alineaban los *shugo* de 24 provincias, con un potencial humano calculado en unos 160.000 hombres. Por la parte de los Yamana, se reunían los *shugo* de 20 provincias, que podían llegar a unos 110.000 hombres, aunque tal vez solamente la mitad de este número formase, efectivamente, su ejército. La guerra se recrudecía, esporádicamente, dentro y fuera de la ciudad de Kyōto, dejando devastada la mitad de la ciudad e incendiada la mayor parte de sus monumentos. Terminó la guerra en 1477, pero su resultado fue la total destrucción del poder del shōgunato. Yoshimasa se retiró a su Pabellón de Plata, y, aunque su hijo actuaba como Shōgun, su autoridad no se extendía más allá de los límites de la provincia natal de Yamashiro. Las provincias habían caído en manos independientes de los *shugo* o de sus sucesores, y se inició un proceso de descentralización total. La casa Ashikaga y los demás miembros de la nobleza de la corte estaban completamente aislados de sus fuentes de rentas de la tierra y se veían obligados a vivir unas existencias carentes ya de poder, aunque todavía ritualmente simbólicas, bajo la tolerancia de los poderes provinciales que comenzaban a surgir.

Los cien años que van desde el comienzo de la guerra Onin hasta la entrada de Nobunaga en Kyōto, en 1568, que señala el principio de la reunificación del Japón, constituyen un período de la historia japonesa conocido como Sengoku, «los estados beligerantes». El nombre es adecuado, porque la guerra era endémica. Pero el predominio del estado de guerra no es el rasgo más importante de aquella época. Ante todo, la guerra Onin constituyó una importante ruptura en la historia política japonesa. Marcó, sin duda alguna, el final de la hegemonía de los Ashikaga y el comienzo de la fase totalmente descentralizada del feudalismo japonés. Pero significaba algo más. Señaló el final de un importante ciclo de la historia institucional japonesa, toda vez que los elementos residuales del sistema imperial acabaron siendo desarraigados y enteramente sustituidos

por la autoridad feudal. A partir de 1467, los gobernadores militares, que hasta aquel momento se habían basado en ciertos rasgos de la administración local imperial, fueron sustituidos por un nuevo tipo de autoridad local, el verdadero *daimyō*. Dentro del campo de los *daimyō*, los *shōen* desaparecieron para ser reemplazados en todas partes por el feudo. Y en todo el Japón, los fundamentales cambios en la estructura y en la composición de las clases sociales eran prueba evidente de que el Japón estaba haciéndose «completamente feudal».

Pero, una vez más, el proceso de cambio no fue violentamente revolucionario. Tanto el emperador como el Shōgun permanecían en Kyōto como símbolos de una soberanía residual, aunque su poder político ha desaparecido ahora completamente. Tras la muerte del Shōgun Yoshinasa, ocurrida en 1490, el shōgunato no poseía el prestigio ni la fuerza necesarios para imponer a una provincia un *shugo* que no estuviese ya afirmado como jefe local. Los últimos restos de autoridad central se habían desvanecido, y el país se disolvía, literalmente, en territorios autónomos. Y sin embargo, los restos de la antigua estructura de la autoridad perduraban hasta el punto de mantener viva una cierta apariencia de legitimidad. Por vaga que fuese la idea de un estado unificado, éste no había sido totalmente destruido. El «estado» no se encontraba dividido, y el lugar tradicional de la soberanía no estaba en discusión.

Lo que sucedía en el vértice del estado se reflejaba también en los niveles inferiores. La aisladora guerra Onin casi había agotado a los *shugo* y había debilitado profundamente sus posibilidades de control sobre sus jurisdicciones provinciales. Los años siguientes contemplaron una rápida desmembración de las casas *shugo* y de las provincias en que habían ejercido su cargo. En casi todo el Japón, los territorios jurisdiccionales que habían sido asignados a los *shugo* se dividieron en dominios más pequeños entre las ramas rivales de las antiguas familias *shugo* o entre las casas de vasallos contentientes. Así perdieron los Hosokawa sus territorios en favor de los Miyoshi y de los Chōsokabe, mientras los Yamana eran sustituidos por los Mōri y por los Amago.

Las nuevas unidades políticas resultantes de la desmembración de las posesiones *shugo* eran más pequeñas, pero más fáciles de controlar que las antiguas jurisdicciones. Su aparición coincidía con la ascensión de todo un nuevo grupo de familias militares localmente poderosas, a las que los historiadores han llamado *sengoku-daimyō*. Los escritores tradicionales de la historia japonesa han lamentado el final de las casas de los *shugo* Ashikaga y de la cultura aristocrática que ellos representaban,

y han descrito el proceso de su eliminación como un movimiento de *ge-koku-jiō* (la rebelión de los vasallos contra sus señores). Las casas militares de los Ashikaga encontraron su final, efectivamente, a manos de sus inferiores, pero el éxito de los *daimyō* no puede explicarse, simplemente, como resultado de su traición. Alcanzaron el poder, gracias a ciertas debilidades fundamentales en las estructuras de gobierno presididas por los *shugo*, y gracias a su propia habilidad para explotar nuevos y más eficaces medios de organización del poder militar y del control de los territorios.

El predominio del estado de guerra, o, más bien, la consiguiente necesidad de defender los derechos de la tierra con la fuerza de las armas, originó cambios fundamentales en las bases locales de la vida política en todo el Japón del siglo XVI. Aunque, incluso hasta el comienzo del siglo XV, el país había conservado la mayor parte de los rasgos externos administrativos que habían existido en el siglo XIII, a principios del siglo XVI la topografía política de la nación estaba adoptando un aspecto absolutamente nuevo. Los límites del poder efectivo no coincidían ya ni con los confines de los *shōen*, ni con las antiguas jurisdicciones administrativas. En el campo, las unidades básicas con las que estaban formándose combinaciones de poder efectivo constaban de hombres armados, con sus castillos y sus tierras en calidad de feudos. Estas unidades estaban más finamente relacionadas con las circunstancias geográficas o con la topografía defensiva de la tierra que con los límites tradicionales de la administración o de la propiedad. En la práctica, por lo tanto, los dominios de los señores Sengoku tomaron forma de dentro a fuera, y no como concesiones legalmente definidas o subdivisiones del estado. Su forma se adaptaba, en otras palabras, a los límites territoriales del conjunto de las posesiones de los vasallos sobre los cuales ejercían su control. El verdadero dominio *daimyō* era, sencillamente, un compuesto de distintos feudos, sobre los cuales el *daimyō* ejercía el derecho de jefe supremo.

En el ámbito de los *sengoku-daimyō*, la eliminación de los *shōen* en favor de la práctica de la enfundación era ya completa. En el plano local, estaba desarrollándose, desde hacia tiempo, un proceso de consolidación de los derechos *shiki* y de eliminación de los privilegios de los absentistas. En aquella época, los muy diversos niveles de propiedad y las distintas funciones administrativas habían sido absorbidos por la autoridad única del *daimyō* que ahora podía reivindicar la plena soberanía, tal como se define en el concepto feudal del dominio

del propietario (*ryō*). Este dominio podía subdividirse en feudos (*chigyōchi*), del modo que a él le conviniere.

También en el seno del dominio, un proceso similar de consolidación y de simplificación de derechos y responsabilidades alcanzaba ya a la condición de la clase de los cultivadores. La concentración de la autoridad en las manos del daimyō había elevado el nivel de directa participación de la clase de los *bushi* en los asuntos rurales, arrojándoles hacia el centro fortificado del dominio y permitiendo así al campesinado que organizase su propia administración. Al mismo tiempo, las inestables condiciones del campo y la decadencia del sistema *shōen*, juntamente con la expansión de la clase de los agricultores, tanto en número como en productividad, estimularon la formación de comunidades de aldea auto-suficientes. En la época de los Sengoku, el daimyō llegó a depender cada vez más de la capacidad de las comunidades campesinas para administrar sus propios asuntos y para pagar los impuestos sobre la base de una cuota por aldea. En estos casos, la población local era considerada responsable a fines administrativos y tributarios, así como a efectos de trabajo y de servicio militar de acuerdo con las unidades de la dimensión de la aldea. Estas unidades de aldea, llamadas *mura*, fueron estimadas en orden al desarrollo de sus propios órganos de auto-gobierno e incluso de auto-defensa durante los años de intensa guerra civil que habían de seguir. Por ello, el daimyō concebía cada vez más sus propios territorios como constituidos por un número determinado de *mura* que producían una determinada cantidad de tributos. Entendaba a sus vasallos según estas unidades de aldea y calculaba su valor según las cuotas fiscales de los *mura*.

El dominio del daimyō, tal como se conformó durante el siglo xvi, se convirtió, esencialmente, en un pequeño principado. Los viajeros europeos de finales de siglo llamaban a los daimyō «reyes» y «principes». Sobre su territorio, el daimyō era ya señor absoluto. Sus dominios eran suyos a efectos del gobierno y de la protección, con sólo una referencia extremadamente vaga a una autoridad delegada y a una sanción del Shōgun y del emperador. Estos soberanos locales gobernaban sus dominios por medio de sus bandas de seguidores (*kashin*) y por delegación a través de la subfeudación. Sus técnicas administrativas eran aún más sencillas y directas que los gobiernos familiares de los Fujiwara y de los Minamoto, prestando especial atención a la organización militar, en primer término, y a la administración civil, en segundo. Sin embargo, los daimyō más importantes gobernaban sus territorios de un modo mucho más amplio

y más directo de lo que habría sido posible con ningún sistema de gobierno anterior.

El grado de atención que los daimyō prestaban a la administración de sus dominios se revela en las nuevas «leyes de la casa» (*bun-ko-ku-hō*), que comenzaron a aparecer en el siglo xvi. Las de los Date, los Imagawa, los Takeda y los Uchi, por ejemplo, muestran los comienzos de un nuevo sistema administrativo-legal que reconocía la influencia del orden feudal y la necesidad de establecer una nueva base legal. Una cuidadosa lectura de estos códigos de la casa revela los nuevos poderes que los daimyō reivindicaban. En ellos, los daimyō afirmaban lo que equivalía a una autoridad soberana sobre los hombres y las tierras del dominio. Explotaban en máximo grado los derechos del señor a regular los asuntos de sus vasallos y a administrar sus territorios. Provelan a la recaudación sistemática de los impuestos y a la normalización de los procedimientos tributarios, a la regulación de los mercados, a las facilidades de transporte, y a los pesos y medidas. Formulaban los métodos mediante los cuales sus vasallos podían beneficiarse de sus feudos. Regulaban el matrimonio y la herencia de sus vasallos. Establecían las leyes penales e imponían una disciplina estricta, confiando en la práctica de la responsabilidad conjunta o de grupo. Reivindicaban el derecho a regular y proteger las instituciones religiosas dentro de su territorio.

El carácter del control del daimyō sobre su dominio se revela también claramente en el nuevo tipo de guerra a que se entregaba. El método del combate cuerpo a cuerpo, en el que predominaba el samurai solo y provisto de armadura, había desaparecido con la guerra Ōnin. Ahora, los daimyō reclutaban grandes ejércitos en sus territorios y se enfrentaban con sus enemigos mediante largas filas de infantes armados de picas. Los bushi se habían convertido en gran parte, en una clase de oficiales que servían como capitanes de una nueva unidad de infantes llamados *ashigaru* («águiles»), que ocupaban una posición intermedia entre los campesinos y los *bushi*. En esta época, se habla de ejércitos de 10 a 20.000 hombres, reclutados en una sola provincia. Fueron las necesidades de abastecimiento y de alojamiento de estas unidades de tropas las que dieron origen a las grandes ciudades fortificadas que caracterizaban los centros de los dominios daimyō.

El siglo de guerras conocido como Sengoku fue la fragua en que se forjaron los nuevos dominios. Y la lucha constante de jefes militares rivales para defender o ampliar sus dominios, para rechazar a poderosos vecinos o para conquistar la dominación de las casas militares más pequeñas en sus propios terri-

torios, facilitó el combustible. La mayor parte de los daimyō que tuvieron éxito en esta empresa y que existían aún después de mediado el siglo xvi pasaron su vida entera en el campo, y sus territorios habían sido cruzados una y otra vez por sus ejércitos, mientras ellos consolidaban su dominio sobre el país. La guerra sirvió, pues, como último disolvente del antiguo orden, y, al propio tiempo, como creadora de las nuevas instituciones de absolutismo local que los daimyō impulsaron en sus territorios.

Naturalmente, no debe suponerse que el país se dividióse en dominios de la misma extensión, ni siquiera que todo el Japón, en los años 1560, hubiera caído bajo el control de los daimyō más importantes. Muchas zonas seguían fraccionadas en posesiones extremadamente pequeñas, a las que no había llegado el control regional del daimyō. Había también intereses no feudales que hacían frente a los esfuerzos del daimyō por dominarlos. En el Japón de los años 1560, quizá hubiese, en total, unos 200 daimyō dignos de este nombre, y sus territorios podían extenderse sobre unos dos tercios del país, pero esto no es más que una suposición. Los daimyō más importantes, que habían logrado apoderarse de grandes extensiones de los antiguos territorios de los *shugo*, son más fácilmente identificables, y no llegaban a 30. En el extremo norte, los Date, que tenían su cuartel general cerca de la actual Yonezawa, se distinguieron por haber dictado una de las primeras «leyes de la casa» completas, la *Yinkai-shū*, en 1536. En el Kanto habían llegado a ser importantes los Hōjō (que no eran descendientes de los regentes de Kamakura), con su cuartel general en Odawara, y los Satomi. Ciertas ramas de los Uesugi, que en otro tiempo habían ocupado el cargo de *kamrei* bajo la casa Ashikaga de Kamakura, habían sido relegados ahora a las provincias del nordeste, donde limitaban con los dominios de los Takeeda, los Suwa, los Jimbō y los Asakura. En la costa oriental estaban los Imagawa y los Oda; en las provincias nativas, los Asai, los Hosokawa (reducidos ahora a una posesión menor), los Tsutsui y los Hatakeyama. Las provincias occidentales habían dado origen a un cierto número de poderosos daimyō: a la orilla del mar del Japón permanecían aún los Yamana, pero habían perdido la mayor parte de su territorio en favor de los Amago; los Ukita, los Kobayakawa, los Uchi y los Mori se habían consolidado a orillas del mar Interior. Shikoku vio la ascensión de los Miyoshi y de los Chōsokebe; Kyūshū fue la base de los Otomo, de los Shimazu, de los Kikuchi y de los Ryuzōji. Algunas de estas familias, como sus nombres revelan, habían sido poderosas durante el período de los Ashikaga, o eran parientes

o vasallos muy unidos a los *shugo* del siglo xv. Pero el mapa político de la época mostraba pocos supervivientes de las grandes familias que habían ejercido el poder bajo los primeros Shōgun Ashikaga. La serie de ulteriores luchas que habían de estallar a partir de 1568 eliminó prácticamente a casi todos los que quedaban.

La historia del siglo xvi no se limita sólo a la referencia a la ascensión de los daimyō. El estado de guerra del período Sengoku y la situación de inquietud política provocaron otros cambios sociales y políticos que parecían oponerse a los intentos de consolidación de los daimyō. Algunas revueltas entre la gente común o la afirmación del poder político local de ciertos grupos religiosos desembocaron en la organización, de vez en cuando, de grupos regionales que oponían resistencia a la autoridad de los daimyō. En este aspecto fue famosa la gran «insurrección provincial» (*kaminiki*) que en 1485 situó a la provincia de Yamashiro bajo un gobierno localmente organizado de campesinos y de pequeños *burshi*. La insurrección rechazó con éxito los ejércitos de los *shugo* y durante ocho años los jefes se negaron a pagar los tributos provinciales. Insurrecciones análogas contra la autoridad militar fueron frecuentes en los años inmediatamente posteriores a la guerra Ōnin, cuando los *shugo* habían exprimido excesivamente a sus territorios, tanto en impuestos como en hombres. De las insurrecciones capitaneadas por religiosos, la más importante fue la de la secta Ikkō en Kaga. En 1488 algunos miembros de la secta, bajo mando sacerdotal, expulsaron de Kaga al *shugo*, y a partir de entonces, durante casi un siglo, la provincia se gobernó mediante una organización clerical del monasterio de Honganji, en colaboración con los samurai menores y con los jefes de las aldeas de la provincia. Estas comunidades dirigidas por monjes surgieron también en otras partes del país, o constituyeron, frecuentemente, bolsas de resistencia en el seno de los territorios cada vez más amplios de los daimyō.

La cuestión de si estos indicios de la ascensión de un «poder popular» en el Japón constituían una fuerza antifeudal que podía haber tenido importantes consecuencias nacionales si los daimyō no los hubieran suprimido es seriamente discutida por los historiadores japoneses. Pero es difícil determinar si aquello equivallía al desarrollo de una forma de gobierno diferente de la que estaba siendo puesta en práctica por los daimyō. La insurrección de Yamashiro creó una especie de comuna que regía sus asuntos bajo una coalición de terratenientes y de pequeños samurai, que acabó disolviéndose cuando los jefes de la comuna ampliaron sus poderes y vieron la conveniencia

de aceptar de nuevo la superior autoridad de los *Sengoku-daimyō* que estaban imponiéndose. La administración religiosa de Kaga se basaba también en la misma clase de pequeña nobleza militar, mientras la jefatura sacerdotal, cuyo centro se hallaba en el propio templo de Honganji, actuaba de un modo muy semejante al de un *daimyō* local. En otras palabras, las instituciones religiosas se habían convertido en los centros rectores de los dominios feudales, semejantes en muchos aspectos a los dominios de los *daimyō*.

8. Los primeros contactos europeos

El período de la historia japonesa que comprende desde los años 1540 hasta los 1640 ha sido llamado «el siglo cristiano». Esta denominación encierra una cierta presunción por parte de Occidente. Desde luego, el cristianismo fue introducido en el Japón en esa época, y es posible que, en la segunda década del siglo xvii, alcanzase cerca del 2 por 100 de la población del país. Pero las posibilidades de los occidentales de intervenir en los asuntos nacionales del Japón eran muy escasas y su influencia cultural era todavía menor. El siglo de contacto con los europeos fue un capítulo importante de la historia del Japón, pero, sobre todo, en el marco de la dinámica interna de los gigantesco esfuerzos del propio Japón en orden a la reunificación del país y a la reforma de sus instituciones fundamentales en el aspecto social y en el económico.

Sin embargo, desde el punto de vista de la historia universal, los siglos xvi y xvii en el Asia Oriental tienen un especial interés, porque fueron testigos de los primeros contactos amplos de los europeos con los chinos y los japoneses, y desembocaron en un inicial rechazo de los occidentales por parte de las dos principales potencias del Asia Oriental. Es conveniente recordar que la primera fase del contacto Este-Oeste se llevaba a cabo con un «Este» muy distinto de la Europa del siglo xix. Los portugueses y los españoles que se aventuraron en Oriente en el siglo xvi estaban utilizando hasta el límite de sus posibilidades cuando establecían sus colonias en Malaya y en las Filipinas. Su potencial humano era limitado y su capacidad de resistencia se basaba tanto en la debilidad de los pueblos que conquistaban como en su propia superioridad militar. Por ello, siglo y medio después China y Japón pudieron «controlar» a los occidentales, expulsando del Japón a los portugueses y limitándolos a la colonia de Macao, y permitiendo a los holandeses un pequeño y controlado comercio en la ciudad japonesa de Nagasaki. Tanto la China como el Japón pudieron volver a sus tradicionales políticas aislacionistas.

¿Qué fue lo que diferenció este primer contacto entre Europa y el Asia Oriental del que tuvo lugar en el siglo xix? Por parte de los occidentales, la explicación que suele ofrecerse consiste en la ascensión y en la decadencia de las actividades comerciales europeas y en las rivalidades entre las antiguas po-